

## ***La Filosofía del entendimiento, de Andrés Bello*<sup>1</sup>**

Pablo Guadarrama González<sup>2</sup>

Para una mejor comprensión de la trascendencia de este libro de Andrés Bello (1781-1865) se debe valorar lo que ella significó en su momento y en especial, en relación con sus antecesores. Ese es uno de los objetivos fundamentales de esta presentación, que además aspira a indicar algunos puntos de coincidencia, y también de disenso, con otros estudios realizados sobre esta clásica obra de la vida filosófica latinoamericana, que siempre ameritará nuevas ediciones y justipreciaciones. De manera que se pretende ofrecer al lector un criterio adicional a los ya existentes, pero que nunca podrá sustituir al que este se forme personalmente, después de que haya realizado una detenida lectura del valioso texto.

Independientemente de su carácter magistral, sería un error considerar que este libro de Bello, constituye el punto final de su profundo y versátil pensamiento filosófico. Es bien sabido que la intención original no estaba dirigida a un círculo intelectual versado en esta disciplina, sino todo lo contrario: pretendía ser una especie de texto para la enseñanza. Ese sustancial elemento didáctico se aprecia desde sus primeras páginas, pero también puede observarse de qué forma el pensador venezolano se elevó a las cumbres más escarpadas de las abstracciones y las inferencias teóricas; de ahí que en la obra aparezcan desde reflexiones, e incluso ejemplos de relativamente fácil comprensión, hasta otros de extraordinaria profundidad, mucho más apropiados para especialistas.

Por tal motivo ha sido valorada, con justa razón, por numerosos estudiosos — entre los que sobresale Marcelino Menéndez y Pelayo, quien la consideró “sin duda la obra más importante que en su género posee la literatura americana,”<sup>3</sup> — como una de las mejores

---

<sup>1</sup> Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento* en *Obras Completas De Andres Bello*. Fundación La Casa de Bello, Caracas. 1981.

<sup>2</sup> Doctor en Filosofía, Universidad de Leipzig. Doctor en Ciencias, Cuba. Profesor de Mérito de la Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas, Cuba. Actualmente es Profesor del Doctorado en Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia y de la Maestría en Ciencia Política de la Universidad Católica de Colombia-Università degli Studi di Salerno. E-mail: [pabloguadarramag@gmail.com](mailto:pabloguadarramag@gmail.com)

<sup>3</sup> Menéndez y Pelayo, Marcelino. *Antología de Poetas Hispano-Americanos*, T.II, Madrid, 1893, p. CXXIII.

expresiones de la rica producción filosófica iberoamericana de su época<sup>4</sup>. Al respecto, Antonio Scocozza plantea que “La filosofía del entendimiento fue, sin duda, la síntesis del pensamiento filosófico de Bello, que se convirtió en un análisis muy bien logrado de lo que entonces se llamaba filosofía en América Latina. Es un trabajo escrito con excepcionales meticulosidad y organicidad y en el que están muy claras las insólitas cualidades que tenía Bello para el trabajo de tipo científico. Por esta razón se comprende fácilmente que se trata de un muy unilateral tratado de filosofía, redactado con un método y un intento más científicos y racionales que propiamente especulativos y abstractos.”<sup>5</sup>

Algo muy significativo que se debe tomar en consideración es la época en la que Bello elabora su concepción filosófica, cuando en Europa ya la Ilustración le había propinado serios golpes al pensamiento escolástico, pero no era así en el caso de Latinoamérica. Si bien es cierto que la escolástica ya había comenzado a declinar en la época que le correspondió vivir al célebre venezolano, en realidad aquella aún mantenía determinada autoridad en algunos predios académicos.

Hay que tener en cuenta que “Ya a fines del siglo XVII, pero sobre todo a fines del XVIII, se ve una escolástica que acepta las aportaciones de la modernidad, tanto de la filosofía como de la ciencia”<sup>6</sup>, aunque esto no significase que se despojase totalmente del lastre dogmático.<sup>7</sup> Este último estaba dado por la propia naturaleza de dicha corriente filosófica, que se subordinaba a la religión católica, pero también por su justificación política e ideológica de la dominación colonial, lo que dio lugar a que incluso numerosos pensadores

<sup>4</sup> “La obra de Bello es la más importante muestra de la filosofía latinoamericana anterior a la influencia positivista”. Carrillo Narváez, Alfredo. *La trayectoria del pensamiento filosófico en Latinoamérica*. Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito. 1959. p. 94.

<sup>5</sup> Scocozza, Antonio. “De la filosofía colonial a la <<filosofía sin más>>” en Bello, Andrés. *El maestro de América. La filosofía del entendimiento de Andrés Bello*. Universidad Católica de Colombia-Universidad de Salerno-Editorial Planeta. Bogotá. 2011. p. 22.

<sup>6</sup> Beuchot, Mauricio. “Epílogo” a Marquín Argote, Germán y Beuchot, Mauricio. (Directores). *La filosofía en la América Colonial*. Editorial El Búho. Bogotá. 1996. p. 372.

<sup>7</sup> “Se ha cuestionado a la filosofía colonial su carácter dogmático, y éste es un tema que debe encararse con cuidado. Si por «dogmatismo» se entiende la autoridad del profesor que imponía su criterio a los alumnos, es necesario admitir que así sucedía, como antes y después. Los límites en que ese «autoritarismo» sea válido, son difusos y eso mismo invalida cualquier intento de extrapolación temporal. Si, en cambio, interpretamos «dogmatismo» como exigencia dirigida a los profesores, encaramos la debatida cuestión de la libertad de cátedra. Para evaluarla debemos tener en cuenta dos variables. Por un lado las ordenanzas, que efectivamente eran restrictivas, tanto en la censura religiosa como en la política. Por otra, tenemos la realidad de los claustros, que acomodaba bastante bien, según parece, esas ordenanzas generales a los intereses de la comunidad académica”. Lértora Mendoza, Celina A. “La filosofía en la época de la colonia”. Beorlegui, Carlos y Fornet-Betancourt, Raúl. Editores: *Guía Comares de filosofía latinoamericana*. Editorial Comares, S.L. Granada. 2014. p. 69-70.

latinoamericanos, — que se habían formado en ella y la habían inicialmente cultivado con fervor — terminaran por rechazarla, en especial por su metafísica<sup>8</sup>.

Tal vez el hecho de haberse formado Bello en esos momentos de renovación de la escolástica pudo haber influido en su abierta postura de asimilación de los avances del pensamiento filosófico moderno<sup>9</sup>, aunque sin llegar a liberarse del carácter especulativo que había caracterizado a dicha filosofía y que no le permitía desembarazarse de la teología.

Al trasplantarse la escolástica a América sufrió ciertas mutaciones,<sup>10</sup> pues había adquirido algunos matices más humanistas,<sup>11</sup> pero no por lógica consecuencia de sus fundamentos antropológicos, sino por la sensibilidad filantrópica de numerosos sacerdotes, como Bartolomé de las Casas y Antón de Montesinos, entre otros. Conmovidos ante el cruel trato de que eran víctima tanto los pueblos originarios como los esclavos de origen africano, intentaron reanimar el humanismo contenido en el cristianismo originario<sup>12</sup>.

Las circunstancias del conflicto civilizatorio que se produjo con aquel proceso fagocitósico protagonizado por Europa — al tratar de engullir culturalmente a los pueblos originarios, aun cuando no pudo plenamente completar su objetivo —, dio lugar a un mestizaje recíproco entre ambos lados del Atlántico. Algo similar ya se había producido con anterioridad entre Europa y las civilizaciones orientales.

---

<sup>8</sup> Camilo Torres denunciaba en su *Memorial de agravios* que “Nuestros estudios de filosofía se han reducido a una jerga metafísica, por los autores más oscuros y más despreciables que se conocen”. Torres, Camilo. “Memorial de agravios”, *La filosofía de la ilustración en Colombia*, Bogotá, Editorial El Búho, 1982, p. 186.

<sup>9</sup> “La escolástica que Bello había recepcionado en la Universidad de Caracas, de mediados de 1797 a mediados de 1800, de los quince a los dieciocho años de su edad, había entrado en compromiso con la filosofía moderna, entronizada allí desde 1788 en algunas ramas como la física y la lógica.” Ardao, Arturo. *Andrés Bello filósofo*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia., Caracas, 1986, p. 18.

<sup>10</sup> “La filosofía escolástica latinoamericana no puede ser considerada solamente como un ejercicio repetitivo de comentario de los principios metafísicos y teológicos del tomismo”. Cacciatore, Giuseppe. *El búho y el cóndor*, Editorial Planeta-Universidad de Salerno-Universidad Católica de Colombia, Bogotá, 2011, p. 16.

<sup>11</sup> Indudablemente en la escolástica se operó un paulatino proceso de renovación que propició la recepción y gestación de ideas de mayor propensión humanista, bajo lo que Alain Guy denomina <<la filosofía crítica de Juan Luis Vives>> y el <<humanismo universitario>> de Hernán Pérez de Oliva. Véase : Guy, Alain. *Historie de la philosophie espagnole*, Toulouse, Association des Publications de l’Université de Toulouse-Le Mirail, 1985, p. 53-57.

<sup>12</sup> “(...) yo dejo en las Indias a Jesucristo, nuestro Dios, azotándolo y afligiéndolo y abofeteándolo y crucificándolo, no una, sino millares de veces, cuanto es de parte de los españoles que asuelan y destruyen aquellas gentes y les quitan el espacio de su conversión y penitencia, quitándoles la vida antes de tiempo, y así mueren sin fe y sin sacramentos...”. Casas, Bartolomé de Las. *Historia de las Indias*, tomo III, Edic. de Agustín Millares Carlos/Fondo de Cultura Económica, México.1951, p. 309.

El proceso de transculturación, como acertadamente calificó Fernando Ortiz,<sup>13</sup> no respetó fronteras geográficas y permeó a todos los pueblos en ese proceso de construcción de una modernidad floreciente para los países colonialistas, pero malograda para los dominados.

No cabe duda de que en el seno de la escolástica se cultivaron algunas de las facetas de la construcción del proceso cognoscitivo humano, en particular en el terreno de la lógica, pero muy articuladas con la ética y la teología, como ha demostrado Walter Redmond.<sup>14</sup> Esto puede apreciarse, entre otras obras, en la *Lógica mexicana* (1605), de Antonio Rubio, que tuvo una gran repercusión en el siglo XVII;<sup>15</sup>, sin embargo, no sucedió lo mismo en cuanto al análisis de las cuestiones epistemológicas y psicológicas, como se revelaría en Bello.

El hecho de que Bello se haya formado en su juventud en el predominio de la escolástica no debe significar que esta haya constituido un lastre permanente en todo su pensamiento anterior, ni tampoco una prolongación<sup>16</sup>. Al igual que numerosos pensadores que por esa misma época se educaron en ella, pero supieron emanciparse — como José Agustín

<sup>13</sup> "Entendemos que el vocablo *transculturación* expresa mejor las diferentes fases del proceso transitivo de una cultura a otra, porque este no consiste solamente en adquirir una distinta cultura, que es lo que en rigor indica la voz anglo-americana *aculturation*, sino que el proceso implica también necesariamente la pérdida o desarraigo de una cultura precedente, lo que pudiera decirse un parcial *deculturación*, y, además, significa la consiguiente creación de nuevos fenómenos culturales que pudieran denominarse de *neoculturación*. Al fin, como sostiene la escuela de Malinovski, en todo abrazo de culturas sucede lo que en la cópula genética de los individuos: la criatura siempre tiene algo de ambos progenitores, pero también siempre es distinta de cada una de los dos. En conjunto el proceso es una *transculturación*, y este vocablo comprende todas las fases de su parábola". Ortiz, Fernando. *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Universidad Central "Marta Abreu" de Las Villas, Santa Clara, 1963, p. 103. Véase también: Iznaga, Diana. *Transculturación en Fernando Ortiz*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1989.

<sup>14</sup> "La lógica de la época colonial latinoamericana no es, pues, según lo que hemos visto, de puro interés histórico. Toca temas que abarcan lo que hoy se estudia como "extensiones" de la lógica, como son la lógica modal y temporal; incluye la filosofía de la ciencia y roza con la ética y con la teología. Redmond, Walter. "La lógica de en los siglos XVI y XVII". Dussel, Enrique. Mendieta, Eduardo y Bohórquez, Carmen: *El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y "latino" (1300-2000)*, Siglo XXI Editores, México, 2009. p. 753.

<sup>15</sup> "(...) los escritos de Rubio estuvieron en manos de los estudiantes de filosofía durante toda la mitad del siglo XVII; sus ediciones se sucedieron desde 1603 hasta 1641; sesenta son aquellas que hemos podido indagar por diversos medios; estas fueron impresas en España, Francia, Inglaterra. Italia y Polonia". Osorio Romero, Ignacio. *Antonio Rubio en la filosofía novohispana*. Universidad Nacional Autónoma de México. México. 1988. p. 74.

<sup>16</sup> "(...) con la independencia efectiva de América se suscribe en Bello al pergeñar su obra filosófica no como un capítulo más de la escolástica tardía española, sino como apertura y renovación de un pensamiento que involucra de manera definitiva las ciencias positivas en los problemas centrales de la filosofía". Cuartas R. Juan Manuel. "La filosofía del entendimiento, de Andrés Bello, *factum* revolucionario". *Discusiones Filosóficas*. vol.10 no.14 Manizales Jan./June 2009.

[http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0124-61272009000100005](http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0124-61272009000100005) >.

Caballero<sup>17</sup> y Félix Varela defendiendo la tolerancia<sup>18</sup>, Francisco de Santa Cruz y Espejo justificando la Ilustración<sup>19</sup>, Benito Díaz de Gamarra<sup>20</sup>, etc., el ilustre venezolano también lo hizo así, por lo que resulta equivocado considerar que siempre la escolástica permeó todo su pensamiento hasta el final de sus días. Esta tesis la plantea Federico Álvarez cuando sostiene: “Bello fue un hombre empapado en la densa atmósfera ideológica del siglo XIX y siempre se mostró un piloto sereno en el maremágnum de tendencias que agitaron a esa centuria. Ya en Caracas había recibido lecciones fundamentales que lo apartaron de la escolástica; y más tarde tomó contacto con la filosofía utilitarista, con el positivismo y con otras corrientes, sin que se alterasen los cimientos de su primera formación.”<sup>21</sup>

<sup>17</sup> "Yo fui en primeros años de esta secta [se refiere a los escolásticos], y la amaba tiernamente; más la recomendé y enseñé a mis discípulos. ¡Qué vanidad no tenía del poder de mi entendimiento! ¡Cómo resolvía todo el universo y lo sujetaba al discurso! ¡Experiencia! Lo mismo era oírle nombrar que cerraba y apretaba los ojos hasta arrugarlos. Pero los abrí al fin, y la vi con tiempo; me avergoncé mucho de no haberla visto antes. Deserté de las banderas del engaño, y pasé a las de la verdad..." Caballero, José Agustín. *Escritos varios*, Universidad de La Habana, La Habana, 1956, p. 133.

<sup>18</sup> "que el verdadero filósofo es aquel que solo busca la verdad, y la abraza luego que la encuentra, sin considerar de quienes la recibe, ya sea conforme a sus intereses o contraria dicha verdad encontrada; el que no tiene secta ni maestro, no defiende a su juicio sino porque le cree verdadero, estando pronto a reformarle luego que se manifieste su error, y entre tanto no lleva a mal que otros piensen de un modo diverso. Así como los hombres se diferencian en los rostros y sería muy ridículo el que fuera enemigo de todos aquellos que no se le pareciesen; así también se diferencian en los pensamientos, y es muy despreciable el hombre que odia a otro porque tiene distintas ideas". Varela, Félix. *Su pensamiento político y su época*. Editorial Ciencias Sociales. La Habana. 1984. p. 129.

<sup>19</sup> "La primera vista que demos sobre la naturaleza del hombre, hallaremos que él es dotado del talento de observación; y que las necesidades que le cercan le obligan a todos momentos a ponerlo en ejercicio. Si el hombre se ve en la inevitable necesidad de hacer uso de ese talento desde los primeros días de la infancia, es visto que de este principio depende el que vaya sucesivamente llenándose de ideas, comparando los objetos, distinguiendo los seres. De aquí la feliz progresión de sus conocimientos destinados a la conservación de la vida, al cultivo de la sociedad y a la observación de la piedad. Ese talento ilustrado con la antorcha de la verdad, conducido por el camino de la justicia y moderado con las amables cadenas de la religión, vuelve al hombre sencillo en su conducta, severo en sus costumbres, pío hacia el autor de su existencia, dulce y obsequioso para con sus semejantes. Pero a la verdad que este estado de la cultura del hombre supone haber pasado por grados desde la noche y tinieblas de la ignorancia y barbarie hasta la aurora y el día de la ilustración". Espejo, Eugenio Francisco Javier de Santa Cruz y. "Ensayo sobre determinar los caracteres de la sensibilidad", *Pensamiento ilustrado ecuatoriano*, Banco Central de Ecuador, Quito, 1981, p. 162.

<sup>20</sup> "Más por lo que toca a la filosofía ecléctica, en latín electiva, es aquella en la que buscamos la sabiduría sólo con la razón con los experimentos y observaciones de los sentidos, la conciencia íntima, el raciocinio, y con la autoridad acerca de aquellas cosas que no pueden saberse por otro camino. En esta manera de filosofar no se pregunta quién ha dicho algo, sino cuán rectamente, esto es, cuán conforme a la razón...". Díaz de Gamarra, Benito. "Elementos de filosofía moderna". En Monal, Isabel. *Las ideas en la América Latina. Una antología del pensamiento filosófico, político y social*, Casa de las Américas, La Habana, 1985.T. II. p. 379.

<sup>21</sup> Álvarez O., Federico. *El periodista Andrés Bello*, La Casa de Bello, Caracas, 1981, p. 166.

En verdad, si algo resulta meritorio en Bello es haber sido uno de los precursores de la filosofía moderna en Latinoamérica que de forma auténtica contribuyó al enriquecimiento de la tendencia humanista que ha caracterizado su desarrollo<sup>22</sup>.

Bello se nutrió de múltiples nuevas tendencias que la Ilustración había ido forjando — en tiempos que la Inquisición había declinado y ya era posible sin censura la lectura de Bacon, Descartes, Gassendi, Wolf, Leibniz, Verney, etc.—, como la lógica inductiva, en especial la de la escuela escocesa del sentido común de Reid, el empirismo de Berkeley, el sensualismo de Locke y Condillac, el eclecticismo de Cousin y a través de él de la dialéctica criticista de Kant, el utilitarismo de Mill, Bentham y Stuart Mill, el fenomenalismo positivista de Comte<sup>23</sup>, etc., Sin embargo, difícilmente se puede reducir la riqueza de sus reflexiones filosóficas a una de estas posturas en particular, y mucho menos se debe de un plumazo pretender dejar resuelto el entuerto con la clasificación de considerar que simplemente fue un ecléctico<sup>24</sup>. Además, porque asumió una postura crítica de distanciamiento ante cada uno de ellos, pues nunca fue un adepto dogmático de las teorías que cada uno de ellos profesaba<sup>25</sup>.

<sup>22</sup> Véase: Guadarrama, Pablo. *Pensamiento Filosófico Latinoamericano. Humanismo, método e historia*. Università degli Studi di Salerno-Universidad Católica de Colombia -Planeta. Bogotá. Tomo I y II, 2012. Tomo III. 2013.

<sup>23</sup> Tal vez una de las razones por las cuales incorrectamente, pero con algunas justificaciones, se le ha considerado un positivista es su coincidencia con Comte en cuanto a considerar los hechos como la fuente de todo conocimiento y el papel de las analogías en su conformación, como puede observarse cuando afirma: **“En toda ciencia, en toda materia de hechos, el raciocinio fundamental o empírico, fundado en la permanencia de las leyes naturales, se combina con el raciocinio demostrativo y el raciocinio analógico. El punto de partida es siempre algún hecho. Conocemos los hechos por observaciones, en que los fenómenos naturales se nos presentan espontáneamente; o por experimentos, en que combinamos o separamos las agencias naturales a nuestro arbitrio para determinar sus consecuencias constantes. Más aun en la expresión de los hechos, si exceptuamos los resultados inmediatos y rigurosos de las observaciones o experimentos, y sus inmediatas y rigurosas consecuencias deducidas por el principio de la invariabilidad del proceder de la naturaleza; todo lo demás se debe, ya al raciocinio demostrativo, ya al raciocinio analógico. Observada una conexión de los fenómenos que miramos como causa o efecto, la generalizamos por el principio empírico, pero contrayéndola a los precisos agentes o agencias determinadas por la observación; primer paso en que podemos extraviarnos, calificando de verdad experimental una concepción errónea.”** Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento en Obras Completas de Andres Bello*. Fundación La Casa de Bello, Caracas. 1981. Tomo III. p. 368-369.

<sup>24</sup> “La doctrina filosófica de Bello constituye una postformación unitaria de las escuelas escocesa y ecléctica, bajo la rigurosa censura de un empirismo metódico, recibido así mismo y a beneficio de inventario”. Larroyo, Francisco. *La filosofía iberoamericana*. Editorial Porrúa. México. 1989. p. 82.

<sup>25</sup> “(...) son sobre todo las doctrinas filosóficas opuestas al pensamiento del siglo XVIII, como la filosofía escocesa del <<common sense>> y el espiritualismo ecléctico de Víctor Cousin y sus discípulos, las que contribuyen en la formulación de la problemática característica de la producción filosófica de Bello, a pesar de la crítica a la que somete muchas de sus posiciones particulares. Probablemente encuentra en estas doctrinas, a pesar de sus numerosos desacuerdos en puntos precisos, un complemento a las doctrinas empiristas de Locke y Berkeley, sobre todo, y un correctivo necesario a las doctrinas sensualistas de Condillac y sus discípulos <<ideólogos>> como Destutt de Tracy”. Ruiz, Carlos. “Filosofía y política en Andrés Bello”. En Ossandón, Carlos y Ruiz, Carlos. (Coord). *Andrés Bello. Filosofía pública y política de la letra*, Fondo de Cultura Económica, México, 2013, p. 20.

En verdad como plantea Mariarosaria Colucciello: “[...] parece claro que los estudios hechos por Bello sobre la filosofía escocesa no significaron otra cosa sino adherir al método psicológico usado por ella y por su inclinación epistemológica. Además, Bello nunca ha hecho una mera exposición o simple traslación del pensamiento filosófico del continente europeo, sino lo ha elaborado, examinando sus teorías desde un punto de vista extremadamente crítico, adecuándolas a la situación filosófica-cultural latinoamericana”.<sup>26</sup>

Al respecto Arturo Ardao declara: “[...] Bello, pensador independiente como fue, no se sintió adscripto a ninguna de las dos escuelas ahí sobreentendidas, la escocesa del sentido común y la francesa del ritualismo ecléctico, como tampoco a otra alguna”<sup>27</sup>. El propio Bello le concede suficientes razones cuando afirma: “Bajo ninguna de ellas nos abanderizamos”.<sup>28</sup>

Lo mismo sucede en cuanto a Locke, pues aunque Bello lo estudió con detenimiento tomaba distancia de él cuando sostenía: “Locke divide las cualidades corpóreas en primarias y secundarias: llama cualidades primarias las que sirven como de sujeto a las otras, y mira como un carácter peculiar de aquellas el asemejarse a sus ideas. Así la extensión, según él, es una cualidad primaria, y el color una cualidad secundaria, porque el color supone lógicamente la extensión. Pero su doctrina, en cuanto a la mera tactilidad, que según él, incluye la extensión táctil, me parece inexacta”<sup>29</sup>.

En relación con Reid, con quien la mayoría de los estudiosos de Bello aseguran tuvo la mayor coincidencia, planteaba: “Tal es la teoría, o según el Dr. Reid y sus partidarios, el relato de los hechos concernientes a la percepción, desnudo de toda hipótesis. Pero basta un ligero examen para echar de ver que está lleno de suposiciones no solo voluntarias sino repugnantes a todo buen discurso. En primer lugar, no puede negarse que hay una conexión evidente entre la impresión orgánica, la sensación y la percepción sensitiva: no es dado concebir, por ejemplo, que el mecanismo del ojo que determina la sensación visual haya podido adaptarse a la impresión de los efluvios odoríferos o de las vibraciones aéreas, y no haya sido preordenado para que las sensaciones, consiguientes a las percepciones, contribuyesen con el sentido de esfuerzo a darnos la percepción y la idea de la extensión superficial, y aun en ciertas circunstancias la percepción y la idea de un espacio que se

<sup>26</sup> Colucciello, Mariarosaria. “Andrés Bello y la filosofía escocesa”, en: *Cultura latinoamericana*, Editorial Planeta- Universidad Católica de Colombia-Fondazione I.S. LA. Per gli Studi Latinoamericani. Bogotá, 2011. N. 15. p. 148.

<sup>27</sup> Ardao, Arturo. *Andrés Bello filósofo*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia., Caracas, 1986, p. 15.

<sup>28</sup> Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento* edic. cit. p. 6.

<sup>29</sup> *Idem*, p. 228.

explayaba en longitud, latitud y profundidad. En segundo lugar, es de todo punto inexacto que no haya conexión alguna entre la sensación y la percepción sensitiva cuando la primera es evidentemente no un *signo*, como pretende Reid, sino un *elemento*, una parte integrante de la segunda. Tal es el resultado, a mi parecer, incontrovertible de lo que dejo dicho en los capítulos precedentes, y él basta para echar por tierra las exposiciones de Reid. Pero otras consideraciones de igual fuerza militan contra la doctrina de este ilustre filósofo”.<sup>30</sup>

Una fácil calificación de ecléctico, con cualquier otro atributo, se le puede atribuir no solo a Bello<sup>31</sup> sino a cualquier pensador, pues estos siempre se nutren de ideas de diversos antecesores, muchas veces contradictorias entre sí. En verdad, si se trata de enmarcar algo más objetivamente su posición epistemológica, tal vez habría que considerarlo un representante de ese *electivismo* tan peculiar forjado en varios ilustrados latinoamericanos, especialmente entre los jesuitas mexicanos<sup>32</sup>.

Bello consideraba a la filosofía como una ciencia con características especiales, pues le permitía al hombre, a partir de la experiencia y el buen uso del entendimiento y la razón, construir verdades de indudable utilidad práctica. Esto se revela al plantear: “Así, la filosofía es en todos sus ramos, lo mismo que la física y la química, una ciencia fundada en hechos que la observación registra y el raciocinio demostrativo fecunda. No hay más ciencias de demostración pura que las que se apoyan, no en hechos internos o externos, objetivos o subjetivos, sino en definiciones hipotéticas precisas e invariables”<sup>33</sup>.

La tarea de la filosofía la apreciaba en tratar de escudriñar las causas eficientes que producían los fenómenos, pues independientemente de su concepción religiosa del mundo, no

<sup>30</sup> *Idem.* p. 229.

<sup>31</sup> “Resultan por eso llamativas las alusiones al positivismo de Bello. Más llamativas todavía cuando contradictoriamente se las mezcla a supuestas influencias de Hamilton, pensador de orientaciones tan opuestas a las del positivismo, aparte de haber sido desconocido por el caraqueño. Si no como adepto a la escuela de Cousin, no dejó Bello de moverse —a la hora otoñal de elaborar su tratado— en el ámbito de que puede llamarse un espiritualismo ecléctico genérico, o epocal, le fue característico de la conciencia romántica. Pero de ninguna manera pudo su personal eclecticismo llegar a incluir notas del positivismo naciente.” Ardao, Arturo. *Andrés Bello filósofo*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1986, p. 231.

<sup>32</sup> “Por eso rechazó enérgicamente las <<especulaciones metafísicas>> de la escolástica así como ciertas <<de teóricas más recientes>>. Es en este sentido que, en un texto publicado en 1848, articuló el siguiente principio metodológico que, en su esencia, es tácita e ingenuamente materialista: <<ver las cosas como fueron y como no pudieron menos de ser; no a través de teóricas quimeras, sino con los ojos del sentido común>>. Partiendo de este principio, Bello continuó la filosofía de la Ilustración en un nivel históricamente nuevo. En este sentido, él también elaboró elementos de una <<filosofía electiva>>, particularmente en su *Filosofía del entendimiento*”. Dessau, Adalbert. “Ideas directrices y significación histórica del pensamiento filosófico de Andrés Bello (1781-1865)”. En Colectivo de Autores. *Valoración múltiple Andrés Bello*, Al cuidado de Manuel Gayol Mecías. Casa de las Américas, La Habana, 1989, p. 699.

<sup>33</sup> Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. 359.



inmiscuyó las posibles causas finales en su terreno de análisis. “Cuando se trata de explicar un fenómeno — sostenía — no procedería sin duda filosóficamente el que se contentase con decir, aunque lo probase, que el tal fenómeno estaba ordenado para la consecución de cierto fin. El primer objeto de la filosofía es el escudriñar las causas eficientes, o hablando con más propiedad, las circunstancias determinadas en que se produce tal o cual efecto, las conexiones naturales de los fenómenos, las leyes que rigen su aparición o desaparición. Pero una conexión de medios y fines parece ser para nosotros un indicio seguro de multitud de hechos, y de conexiones de causas y efectos, que de otra manera no nos sería posible alcanzar”<sup>34</sup>.

Pero lo más significativo es la eminente función práctica que le otorgó a la filosofía, al considerar que “El objeto de la Filosofía es el conocimiento del espíritu humano y la acertada dirección de sus actos”<sup>35</sup>. En tal sentido se apartaba de manera crucial de la tendencia especulativa que había sido común en la metafísica tradicional, que ha reducido las funciones de la filosofía en especial a una de ellas, la cosmovisiva, subestimando las demás<sup>36</sup>.

Precisamente por esa preocupación de Bello relacionada con la filosofía como orientadora de la acción humana es que la psicología ocupó un lugar central en sus reflexiones filosóficas, hecho este que a la vez le permitiría distanciarse de la metafísica, como observa Carlos Ossadon: “No habría que sorprenderse de la centralidad que Bello le confiere a las afecciones y actos del <<alma>>, en la medida que la inclinación por la <<psicológica mental>> (es el título de la primera sección de las dos que contiene la *Filosofía del Entendimiento*) forma parte de una de las tendencias de la <<filosofía de la Ilustración>> que describió Ernst Cassirer. Por lo demás, es precisamente este énfasis en lo “psicológico”, en las operaciones o actos del *entendimiento*, y en los alcances *nominalistas* al mundo del lenguaje,

<sup>34</sup> *Idem*, p. 390.

<sup>35</sup> *Idem*, p. 14.

<sup>36</sup> “Entre esas funciones de la filosofía se pueden destacar, con sus consecuentes objetivos, las siguientes: 1) La *cosmovisiva*, que permite al hombre saber y comprender los diversos fenómenos del universo incluyendo los de su propia vida, y pronosticar su desarrollo; 2) La *lógico-metodológica*, que le posibilita examinarlos y analizarlos con rigor epistemológico; 3) La *axiológica*, cuando se plantea valorar, enjuiciar, apreciar su actitud ante ellos; 4) La función *hegemónica*, orientada a que el hombre domine y controle sus condiciones de vida; 5) La *práctico-educativa*, cuya misión es que el hombre se transforme, se cultive, se supere, se desarrolle; 6) La *emancipadora*, que hace factible su relativa liberación y desalienación; 7) La *ética*, que le sugiere reflexionar sobre su comportamiento y la justificación o no de su conducta; 8) La *ideológica*, destinada a orientar la disposición de medios de justificación de su praxis política, social, religiosa, jurídica, etc.; 9) La *estética*, que estimula en el ser humano el disfrute y aprecio de ciertos valores de la naturaleza y de sus propias creaciones; 10) Y, finalmente, aunque tal vez sea su función principal, se encuentra la *humanista*, cuyo objetivo básico es contribuir al perfeccionamiento del permanente e inacabado proceso de humanización del *homo sapiens*, a fin de que este alcance niveles superiores de progreso omnilateral”. Guadarrama, Pablo. ¿Para qué filosofar? En Colectivo de autores. *Filosofía y sociedad*. Editorial Félix Varela. La Habana. 2000. T. I. p. 44-67.

lo que da un sello distintivo al movimiento filosófico dentro del cual Bello se asienta con bastante propiedad e independencia. Refuerza la mencionada tendencia el propósito declarado por Bello nada más empezar su *Filosofía del entendimiento* de “diseminar” la “metafísica” en los dominios más tangibles o dados de la psicología y de la lógica, indicando expresamente que la <<ciencia de las primeras verdades>> no será contemplada en su libro”<sup>37</sup>.

La perspectiva epistemológica de Bello era eminentemente holista, dialéctica y compleja — no obstante desarrollar su pensamiento en una época en la que aun el mecanicismo dejaba sentir su influencia y también en él se reflejó<sup>38</sup>, como una de las formas de reduccionismo epistemológico<sup>39</sup> que han existido generalmente en la historia de la filosofía —, pues concebía la existencia de una interconexión esencial de las verdades que entrelazan todos los fenómenos del mundo con independencia de que su concepción ontológica de este fuese dualista — al plantear la existencia simultánea de un mundo material y otro espiritual —, y este hecho en modo alguno debe ser considerado como una incongruencia en su concepción del mundo. Sin embargo, pensaba que independientemente de tal diferenciación existía algún tipo de uniformidad en cuanto a la existencia de leyes del desarrollo que se producían tanto en la naturaleza como en la sociedad y por tanto en el pensamiento. De ahí que, de forma temprana, admitiese la existencia de las ciencias sociales<sup>40</sup>.

Para él, “[...] todas las verdades se tocan, las que formulan el rumbo de los mundos en el piélago del espacio; desde las que determinan las agencias maravillosas de que dependen el movimiento y la vida universo de la materia; desde las que resumen la estructura del animal, de la planta, de la masa inorgánica que pisamos; desde las que revelan los fenómenos internos del alma en el teatro misterioso de la conciencia hasta las que expresan las acciones y reacciones de las fuerzas políticas; hasta las que sientan las bases incommovibles de la moral;

<sup>37</sup> Ossandón, Carlos. “Teoría de los signos y «República de las letras» en Andrés Bello”. En Ossandón, Carlos y Ruiz, Carlos. (Coord). *Andrés Bello Filosofía pública y política de la letra*, Fondo de Cultura Económica, México, 2013, p. 128-129.

<sup>38</sup> “Nuestro cuerpo no nos es conocido solo por el tacto y por los otros sentidos externos. Las percepciones, ya del bienestar o placer, ya de la incomodidad, desazón o dolor, que atribuimos a varias partes de la máquina que animamos o a toda ella, nos representan modificaciones corpóreas muy diferentes de las que percibimos en los cuerpos inanimados”. Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. 50.

<sup>39</sup> Véase: Guadarrama, Pablo. “Crítica de los reduccionismos epistemológicos en las ciencias sociales”. *Revista Cubana de Ciencias Sociales*. Instituto de Filosofía. La Habana. Octubre 2007- septiembre, 2008. p. 171-183; *Revista de filosofía*, La Habana. Vol. 62, Nº. 2, 2009, p. 48-84. <<http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3384653>>.

<sup>40</sup> “En cuanto al análisis y síntesis, que consisten en una verdadera resolución y composición, me parece también evidente que ninguna de ellas debo excluirse en el estudio de la materia, ni en el de las ciencias sociales”. Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. 396.

hasta las que determinan las condiciones precisas para el desenvolvimiento de los gérmenes industriales; hasta las que dirigen y fecundan las artes. Los adelantos en todas líneas se llaman unos a otros, se eslabonan, se empujan. Y cuando digo los adelantos en todas líneas, comprendo sin duda los más importantes a la dicha del género humano, adelantos en el orden moral y político.”<sup>41</sup>

Su perspectiva holista se puede apreciar desde su concepción del alma<sup>42</sup>, en el sentido epistémico que esta le otorga al espíritu como actividad de la conciencia<sup>43</sup> — tomando como punto de partida el similar cuestionamiento que se hacía Gorgias al poner en duda la generalidad del conocimiento, a partir de que el criterio es la subjetividad de cada quien —.<sup>44</sup> Así cuando plantea: “El alma se percibe a sí misma en sus intuiciones, no solo idéntica y continua sino *una*; no le es posible referir cierta afección a una parte de su ser, y cierta afección a otra parte. No nos es dado considerar el alma como una sustancia dividida en varios departamentos, a cada uno de los cuales corresponde cierta especie de afecciones; y aun cuando coexistan a un tiempo en el alma modificaciones o afecciones diversas, nos es imposible colocarlas en distintas partes de una misma sustancia. El alma no es para nuestra conciencia un agregado de partes distintas, sino un todo único, simple, indivisible”<sup>45</sup>.

Al respecto, en otro momento plantea: “Concebámosla primeramente en nuestro propio ser, en el yo, en la sustancia que se contempla a sí misma. El alma se nos muestra idéntica consigo misma, aun cuando ejercita diversas funciones. El *yo* que siente, que percibe, que recuerda, que imagina, que juzga, que raciocina, que desea, que quiere, es para nuestra conciencia un mismo *yo*, un mismo ser, una misma sustancia. Así, los que atribuyeron la

<sup>41</sup> Arciniegas, Germán. *El pensamiento vivo de Andrés Bello*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1946, p. 152.

<sup>42</sup> “No debemos concebir las facultades espirituales como diferentes órganos particulares del alma; porque en cada una de ellas y en cada uno de sus actos está el alma toda, el *yo*. El alma que siente es el alma misma que recuerda, que juzga, que raciocina, que desea, que teme, que ama, que aborrece, y, por más atentamente que ella se contemple así misma, no le es posible referir sus varias modificaciones a diferentes porciones o localidades de sí misma. La conciencia nos testifica del modo más claro la simplicidad o indivisibilidad del alma y su constante identidad consigo misma en todos sus actos.” Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. 16

<sup>43</sup> “El espíritu humano es un ser que tiene conciencia de sus actos y que puede hasta cierto punto determinarlos a su arbitrio” (F. d. E. p. 3). Nada de definir el espíritu por la inmaterialidad, o por oposición a la materia, es decir, por otro; sino, como Descartes, por un dato controlable, interior, inmediato: la conciencia de sí, por el ser que es conscientemente lo que es. Pero en conciencia entra, según Bello, conciencia y libertad finita, de autodeterminación. No el simple cogito. Con esta primera determinación entronca Bello, en su mismo punto de partida, con la filosofía moderna”. García Bacca, Juan David “Prólogo” a Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. XXXIII.

<sup>44</sup> “Usamos de las palabras espíritu y alma como sinónimas. Designamos con ellas nuestro yo, nuestro propio espíritu, y el espíritu humano en general, a que atribuimos por analogía la naturaleza y cualidades del nuestro propio”. p. 16.

<sup>45</sup> Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. 34.

sensibilidad al cuerpo y la inteligencia al alma, erraron gravemente. Los fenómenos de la sensibilidad son modos de que tenemos intuición, no menos que de los juicios o de los raciocinios, y en todos los fenómenos de que tenemos intuición se percibe el alma a sí misma como un ser siempre idéntico”<sup>46</sup>.

Tal característica esencial del alma le facilita la posibilidad de un autoconocimiento más eficaz, pues si por el contrario fuese la diversidad, complejidad y divisibilidad la que la caracterizase, sería mucho más difícil de alcanzar la verdad en cualquier tipo de relación específica, pues en definitiva las verdades siempre deben expresar relaciones históricas, concretas, particulares y específicas, ya que las verdades generales y abstractas solo son propias del cultivo de la metafísica, del cual Bello no era aficionado.

Para él, “Que el alma tiene la facultad de percibir lo que pasa en ella, es una cosa tan obvia, que parece imposible se haya puesto alguna vez en duda. Sin esta facultad, ¿cómo habría jamás existido la Psicología, la ciencia del alma? Pero no solo esta ciencia, ninguna otra, el lenguaje mismo, no hubiera podido existir. Es de toda necesidad percibir nuestros pensamientos para poder expresarlos”.<sup>47</sup> Este hecho de que Bello le haya otorgado tempranamente la condición de ciencia a la psicología ha conducido a algunos de sus estudiosos, como es el caso de Carlos Valderrama Andrade, a considerar que prevalezca mucho más en este libro un discurso científico que filosófico a su vez próximo al positivismo<sup>48</sup>, lo cual resulta por supuesto muy discutible, pues el ilustre venezolano no disponía entonces de las herramientas epistemológicas y metodológicas que la psicología adquiriría a fines del siglo XIX con los estudios de Wundt, Le Bon, Tarde, etc. y mucho menos posteriormente con Freud.

---

<sup>46</sup> *Idem*, p. 173.

<sup>47</sup> *Idem*, p. 28.

<sup>48</sup> “Se divide en dos grandes partes: Psicología mental y Lógica, correspondientes a las manifestaciones primordiales de la especulación según los cánones del positivismo. Se comprende, por esto, que se trata de un muy unilateral tratado de filosofía, escrito con un criterio y una finalidad más científicos que propiamente especulativos. La filosofía en Bello se reduce a una manifestación elevada de la ciencia, en sus relaciones más humanas, prescindiendo por completo de cualquier proyección de tipo metafísico, que a Bello repugna como a hombre convencido del valor de la experiencia y de la observación. A propósito, es indudable el valor que tienen sus observaciones en el campo de la psicología experimental y el fundamento de raro acierto que lo acompaña al criticar los consagrados sistemas de la lógica. Pero al lado de estos aciertos, muchas veces inútilmente complicados con digresiones sobre temas más científicos que filosóficos, es desalentadora la posición de Bello ante la metafísica y desconcertante su indiferencia ante los problemas de lo trascendente”. Valderrama Andrade, Carlos. “Reseña” a *Andrés Bello, Filosofía. Filosofía del entendimiento y otros escritos filosóficos*. <[http://cvc.cervantes.es/lengua/thesaurus/pdf/09/TH\\_09\\_123\\_309\\_0.pdf](http://cvc.cervantes.es/lengua/thesaurus/pdf/09/TH_09_123_309_0.pdf)>.

Partía del presupuesto de que “En realidad, que el alma tenga el poder de conocer lo que pasa en ella, es una cosa en que todos están sustancialmente acordes”<sup>49</sup>. Admitir la cognoscibilidad de la conciencia ¿acaso no podría contradecir algunas expresiones de agnosticismo que indudablemente afloran en el pensamiento de Bello? El problema radica en que sus concepciones epistemológicas no deben ser valoradas como un estático monumento, sino como la expresión de una incesante búsqueda de la verdad por insondables laberintos de los cuales no siempre se sale a la luz fácilmente.

El pensamiento de Bello, como el de cualquier otro filósofo, no debe ser valorado como una amplia y rectilínea avenida que necesariamente está obligada a conducir a un destino seguro e indudable. Debe ser analizado como el riesgoso andar por vericuetos agudos y profundos de los cuales no siempre se sale de forma airosa e inmediata, por el contrario, con avances hasta encontrar el sendero más apropiado, al menos en lo inmediato, no se puede fácilmente evadir el riesgo de caer nuevamente en nebulosos pantanos epistémicos que obligan siempre a buscar rutas más eficientes.

Dados los evidentes elementos científicos presentes en la filosofía de Bello es necesario tomar en consideración, que un criterio de análisis que debe prevalecer en su estudio consiste en otorgar mayor valor a los métodos utilizados que a los resultados alcanzados, si bien estos últimos pueden ser efímeros, como sucede con cualquier verdad, que puede expresar sus granos de contenido absoluto a través de verdades relativas y lo que en verdad siempre tiene mayor significación es el método o el proceso por medio del cual arribó a ellas.

Este criterio metodológico necesario en el estudio de la historia de la filosofía y de la ciencia debe servir de premisa también para la justa valoración de la obra de Bello. José Martí sostenía que el sol tiene manchas los desagradecidos solo ven las manchas, los agradecidos solo ven la luz. Por tal motivo a la hora de justipreciar este libro de Bello debe ser apreciado con necesario dinamismo crítico como un momento en su evolución intelectual, pues la mayoría de los autores coinciden en que muchas de las ideas en él expresadas fueron adelantadas en trabajos anteriores. Si se toma en consideración que esta obra fue publicada mucho después de ser escrita, e incluso años después de la muerte de su autor, se debe presuponer que muchas de las ideas allí presentadas pudieron haber evolucionado. Este hecho

---

<sup>49</sup> Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. 32.

no debe conducir a especulaciones sobre lo que pudo haber sido y no fue. Lo que debe tratarse siguiendo los propios criterios de Bello es de analizar este libro tal como fue escrito y publicado. Por tanto no se debe tener temor alguno de cometer algún tipo de injusticia axiológica sobre su extraordinario valor. Si se parte del presupuesto según el cual no es justo extraer algunas conclusiones sobre los méritos epistemológicos del célebre venezolano a partir del análisis de este libro porque se trata de una obra inconclusa, como sugiere García Bacca,<sup>50</sup> entonces resultaría prácticamente imposible estudiar con algún grado de objetividad a cualquier autor porque no es común encontrar alguno que exprese total satisfacción con sus respectivas obras.

Bello era partidario de cierto tipo de determinismo, sin que esto significase algún desenlace fatal o preconcebido, sino que dados los visos dialécticos de su concepción del mundo y en particular de la sociedad, admite ciertos grados de libertad en la acción humana. De ahí que considerase que “El espíritu humano es un ser que tiene conciencia de sus actos, y que puede hasta cierto punto determinarlos a su arbitrio”<sup>51</sup>. De tal modo relativiza la potencialidad humana, sin que esto implique un debilitamiento de la misma, pues por el contrario, como fiel exponente de las ideas de la ilustración, estaba convencido de que el hombre era cada vez más libre en la misma medida en que enriquecía su cultura. Ese sería el mismo punto de partida del pensamiento de José Martí, para quien “ser culto es el único modo de ser libre”<sup>52</sup>.

El dualismo ontológico de Bello se pone de manifiesto frecuentemente en su *Filosofía del entendimiento*. Para él, “Es preciso no confundir, como se hace comúnmente, la sensación con la impresión orgánica que la produce. Debemos considerarlas como dos cosas enteramente distintas y separadas. La primera pertenece esencialmente al alma, la segunda a la materia”<sup>53</sup>. Sin embargo, aunque por un lado planteaba tal crucial diferenciación entre la fuente primaria de la sensación, es decir la realidad objetiva y el medio de apropiación de ella, sin embargo dejaba sentada la orgánica imbricación entre ambos componentes epistémicos al

<sup>50</sup> “En una obra inacabada no se puede hablar con derecho definitivo de incongruencias, contradicciones, insuficiencias. Dentro de esta limitación se pudieran señalar, sin duda, ciertos aspectos más o menos inconciliables, provisoriamente de suyo, definitivamente por la irremediable circunstancia de haber muerto el llamado a corregirlos en su <<Obra postuma>>”. García Bacca, Juan David “Prólogo” a Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. LXXV.

<sup>51</sup> Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento* edic. cit. p. 15.

<sup>52</sup> Martí, José. “Maestros ambulantes”. *La América*. Nueva York. mayo de 1884. *Obras completas*. Ciencias Sociales. La Habana. 1976. T. VIII. p. 289.

<sup>53</sup> Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento* edic. cit. p. 21.

plantear que: “Descompónense las percepciones de los sentidos internos, como las de los externos, en sensación, percepción, intuición y referencia objetiva. Aunque toda percepción externa es al mismo tiempo interna”<sup>54</sup>. Estos planteamientos demuestran que aunque Bello distinguía muy bien entre los diferentes momentos y componentes del proceso cognoscitivo, a la vez los consideraba en íntima y estrecha relación dialéctica, es decir en su unidad y simultánea contradicción.

Reconocía la materialidad del mundo objetivo, que podría ser verificada a través de la experimentación común de percepciones, pero estas a su vez conformaban una entidad específica, cuya esencia era producto del conocimiento humano. A su juicio, “Llegada esta época del entendimiento, sucede que cuando un cuerpo obra sobre un órgano y se produce una sensación en el alma, nace en nosotros el juicio de que la afección que experimentamos no es una sensación recordada, sino una sensación actual, y de que otros espíritus, colocados en las mismas circunstancias, la experimentarían como el nuestro. Sabiendo que a esta sensación corresponden otras de diferente especie, como por ejemplo, a las de la vista, oído y olfato las del tacto, juzgaremos también que, poniéndonos en circunstancias de experimentar las segundas, estas nacerán infaliblemente en el alma. Al ver, por ejemplo, un río, no puedo dudar que le veo verdaderamente; que la visión que experimento no es comparativamente débil, como las que imagino o recuerdo, ni está sujeta del modo que estas al imperio de mi voluntad; que otros verán el río como yo, si se hallan en las mismas circunstancias que yo, y que si aplico a él los órganos del tacto, se producirán en mí y en ellos ciertas afecciones táctiles, aquellas, es a saber, que corresponden a cierta resistencia débil, a cierta movilidad, presión, impulso, etc. A la verdad, no solemos pronunciar mentalmente estas proposiciones, porque familiarizados con ellas, llegamos desde muy temprano a no prestarles atención alguna; ellas entran sin embargo a cada paso en los pensamientos, y son el preciso supuesto sobre que arreglamos todas las operaciones de la vida”<sup>55</sup>.

En sentido general no ponía en duda la objetividad del mundo material — hasta tal punto que en ocasiones consideraba innecesario dedicar atención a esta crucial cuestión,<sup>56</sup> conclusión esta muy equivocada, pues por supuesto que es importante tal discusión

<sup>54</sup> *Idem.* p. 50-51.

<sup>55</sup> *Idem.* p. 230.

<sup>56</sup> “Yo creo que la cuestión relativa a la existencia real de los cuerpos es del todo fútil, en cuanto su resolución no conduciría jamás a ninguna consecuencia práctica ni especulativa. Pero creo también que la discusión de ella puede contribuir a ilustrar la naturaleza de nuestras percepciones sensitivas, sobre la cual ruedan necesariamente los argumentos en pro y en contra”. *Idem.* p. 287.

eminentemente práctica — pero si la posibilidad de conocerlo de manera integral en sus interioridades más profundas. Ahí podía radicar una de las posibles contradicciones entre su condición de filósofo, cuestionador de todas las potencialidades epistémicas del hombre, por una parte, y por otra del ilustrado educador convencido de la necesidad de formar a las nuevas generaciones no solo en el dominio de las fuerzas de la naturaleza y la sociedad, por medio de la ciencia y la tecnología, sino también en la construcción de un mundo más humano por medio de la literatura y las artes.

Puso todo su empeño en distinguir adecuadamente los diferentes planos y perspectivas en los que se desarrolla la construcción del conocimiento humano a través del adecuado despliegue de los instrumentos del entendimiento. Y para lograr ese objetivo resultaba indispensable precisar la especificidad de cada momento del proceso cognoscitivo, por lo que al respecto sostenía: “En el juicio de la presencia del objeto va envuelto el de la existencia de causas distintivas del alma que producen las sensaciones. Estos dos juicios, sin embargo, son perfectamente distintos y separables: el uno recae propiamente sobre la actualidad de sensaciones; el otro las refiere a causas externas, y es en rigor el que les da el carácter de representativas y las convierte en percepciones. La referencia que hacemos de las sensaciones a causas distintas del alma es un juicio que se debe sin duda a una tendencia primigenia del entendimiento. Mas, no por eso lo miramos como una percepción intuitiva de esas causas; porque no es lo mismo ser conducidos por la naturaleza a imaginar una causa y suponer su existencia, que percibirla intuitivamente”<sup>57</sup>.

En una valoración de la experiencia, confluyente con la concepción de Kant, independientemente de que lo haya o no conocido de primera mano, consideraba que “La experiencia (y bajo este nombre entendemos no solo la que forman los sentidos, sino la del mundo interior, espiritual, que el *yo* contempla en sí mismo); aunque la experiencia, por sí sola, esto es, reducida a la mera observación, no ha podido darnos nuestros primeros conocimientos; nuestros primeros conocimientos nos han venido sin duda con ella; todo conocimiento cronológicamente anterior a esa experiencia naciente, es una quimera. Pero al mismo tiempo es incontestable que hay en el entendimiento gran número de juicios y de conocimientos que lógicamente son anteriores a la experiencia, que lógicamente no se derivan

---

<sup>57</sup> *Idem.* p. 231.



de ella, ni por una derivación inmediata, ni por una derivación ulterior, porque no puede haber experiencia que no los implique”<sup>58</sup>.

La clara convicción de que el conocimiento, aun cuando sea el producto de una construcción subjetiva, no es ni puede ser posible al margen del reconocimiento de un mundo objetivo, que en última instancia lo determina, lo llevó tomar distancia del subjetivismo al cual lo podía conducir tanto el empirismo inglés como la escuela escocesa del sentido común. De ahí que aunque haya admirado a Thomas Reid en algunos aspectos tomará distancia crítica de él cuando planteaba: “Las relaciones materiales no pueden menos de parecerse a las relaciones concebidas por el entendimiento. La semejanza o la sucesión entre dos sensaciones es una imagen verdadera de la semejanza o la sucesión entre las acciones corpóreas que las sensaciones nos representan. Reid supone que la sensación es un mero signo, en virtud del cual nace en nosotros, por un *instinto especial*, una noción que no se resuelve en ella, ni tiene semejanza con ella. Pero si la sensación no fuese más que un signo de la percepción, la naturaleza, dándonos el signo al mismo tiempo que nos presenta el significado, se habría tomado un trabajo superfluo”<sup>59</sup>.

Por esa esencial razón distinguiría adecuadamente que “Todas las ideas se descomponen últimamente en percepciones renovadas, y la facultad de renovar las percepciones se llama memoria. Verdad es que el alma renueva no solo percepciones actuales, sino ideas: no solo, por ejemplo, las percepciones actuales del árbol que vimos ayer, sino la idea de un árbol que jamás hemos visto y que solo conocemos porque hemos oído o leído su descripción. Pero la idea de este segundo árbol se compone, no menos que la del primero, de percepciones renovadas. Toda la diferencia consiste en que el primer conjunto de percepciones nos lo dio inmediatamente el mundo externo obrando sobre nuestros sentidos, y el segundo lo hemos formado nosotros entresacándolas del vasto depósito que tiene ya acumulado la memoria.”<sup>60</sup>

El filósofo venezolano no se dejó arrastrar totalmente por el subjetivismo de Berkeley, independientemente de que coqueteara con su empirismo; pero al establecer una clara diferencia entre el plano epistemológico y el ontológico, luego de reconocer la autonomía del mundo material, indudablemente hacía más concesiones al materialismo que al

---

<sup>58</sup> *Idem.* p. 298.

<sup>59</sup> *Idem.* p. 234-235.

<sup>60</sup> *Idem.* p. 236.

idealismo, como planteaba Adalbert Dessau,<sup>61</sup> o por lo menos se inclinaba hacia aquel, aunque su profunda fe religiosa finalmente lo distanciara del mismo y fuese más en apariencia que en esencia tal aproximación<sup>62</sup>.

Independientemente de que estuviese distanciado de cualquier tipo de monismo ontológico, en su concepción del mundo subyace una perspectiva holística, dialéctica, compleja e integradora que le posibilita una mejor comprensión de la necesaria concatenación universal que existe entre todos los fenómenos del universo y en especial del lugar del hombre en el infinito proceso cognoscitivo de este.

Una expresión de su perspectiva dialéctica del mundo la constituye su criterio sobre el papel de las contradicciones en el desarrollo. “«Una cosa no puede ser y no ser a un mismo tiempo,» — sostenía — es la fórmula del juicio fundamental que se llama *principio de contradicción*; principio no solo superior al alcance de la observación, sino necesario de necesidad absoluta para todos los juicios, para todos los raciocinios, para todos los conocimientos. Supóngase por un momento que semejante principio no existiese, nada podría probarse, nada podría juzgarse, nada podría saberse. El principio de contradicción es evidentemente una virtud primaria universal, irresistible, que no solo no admite prueba, sino que no consiente que nada pueda probarse ni admitirse sin ella.”<sup>63</sup>

El elemento dialéctico en el ideario de Bello fue muy bien apreciado por Leopoldo

<sup>61</sup> “En este sentido la causa por la cual Bello estaba inclinado a prestar, en la investigación de la realidad, más atención al <<sentido común>> que a las <<teorías quiméricas>>. Para él, el <<sentido común>> era, en principio, el procedimiento ingenuamente materialista de los hombres al apropiarse de la realidad. Resulta significativo que lo oponía lugar al solipsismo (es decir al idealismo subjetivo de Berkeley: “Trátase de explicar el sistema de a personas de buena razón, y en la mayor los casos solo se lograra hacerles creer que la es un arte vano de probar sofisticadamente quimeras y absurdos.” (Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*, p. 342.) En la filosofía de Berkeley, Bello criticó sobre todo que <<para nada se necesita ni en el estudio de la naturaleza ni en el de la vida práctica>>. Y en las teorías de Condillac le pareció falso que el francés <<creyó encontrar en la sola sensación o en la sola la intuición, modificaciones pasivas del alma>> (*Ibidem*). Lo que en estas opiniones interesa, no es tanto si filosóficamente- son correctas o no, sino más bien el propósito teórico y práctico que manifiestan. Lo que le interesó a Bello fue la apropiación creadora de la realidad, rechazó el idealismo subjetivo, partiendo de que la conciencia humana juega un papel activo ante a la realidad. Siendo así, Bello se interesó en primer lugar en cómo funciona la conciencia humana eso de la aparición creadora de la realidad, el conocimiento de este proceso debía capacitar a los hombres para actuar conscientemente”. Dessau, Adalbert. “Ideas directrices y significación histórica del pensamiento filosófico de Andrés Bello (1781-1865)”. En Colectivo de Autores. *Valoración múltiple Andrés Bello*, Casa de las Américas, La Habana, 1989, p. 701.

<sup>62</sup> “El método incompleto y las definiciones sensualistas adoptadas por el señor Bello debieron conducirlo al sensualismo y aun al materialismo; pero su poderoso espíritu logra a las veces desprenderse del círculo férreo en que metódicamente lo ha encerrado y prende el atrevido vuelo hasta la elevada región de las causas finales con tanta energía, mostrando tanta vida, lozanía y grandor, que no sabemos qué admirar más, si la fuerza del espíritu o la audacia de querer estrecharlo en tan reducidos límites”. Ramírez, Pedro G. “Prólogo”. El editor. Octubre de 1881. Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. En: *Obras completas*. Vol. I. Santiago de Chile, 1881.p. 16.

<sup>63</sup> Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. 295

Zea, para quien: “Pensador, distínguese por la dialéctica, por la concatenación lógica, por la profundidad del raciocinio, por la agudeza psicológica, por el personal observatorio en que se sitúa a menudo y por la imposibilidad de divagar, de salirse fuera de los términos precisos de la realidad.”<sup>64</sup> Este elemento le permitió intentar la mayor objetividad posible en sus reflexiones epistemológicas lo que lleva a que sea considerado un consecuente continuador de la tendencia nominalista<sup>65</sup> que se enfrentó al idealismo del realismo escolástico.

Uno de sus méritos consistió en haber abordado las cuestiones del entendimiento, en aquellos momentos germinales de la psicología, y haber desarrollado innumerables análisis desde las perspectivas de esa disciplina. No debe ignorarse que a la psicología tanto en la época de su emancipación paulatina de la filosofía durante el siglo XIX como hasta épocas muy recientes le sería cuestionada su validez científica.

Bello trató de lograr una perspectiva del proceso cognoscitivo de la forma más holística e integral que era posible en su época. Intentó conjugar armónicamente tanto los elementos básicos de la conformación de las sensaciones y las percepciones, — que supo distinguir muy bien, con lo que supera en esto al sensualismo que le había antecedido<sup>66</sup> — de la realidad por parte del hombre, como los complejos procesos de construcción epistemológica de lo que para él conformaba el entendimiento.

No obstante haberse formado en cierto modo en el sensualismo, Bello se percató de las limitaciones de esta postura epistemológica que siempre resulta tarada por su perspectiva contemplativa del proceso del conocimiento, al no concebir adecuadamente el rol activo del sujeto, que según él es el alma. De ahí que sea muy valiosa su crítica al respecto: “La escuela sensualista erró sin duda, si, como se le imputa, creyó encontrar en la sola sensación o en la sola intuición modificaciones pasivas del alma, cuanto era menester para formar idea de la

<sup>64</sup> Zea, Leopoldo. “El americanismo de Bello”. En Colectivo de Autores. *Valoración múltiple Andrés Bello*, Casa de las Américas, La Habana, 1989, p. 751.

<sup>65</sup> “En los materialistas *ingleses* encontramos como elemento fundamental el nominalismo, que es en general, la *primera expresión* del materialismo.” Marx, Carlos y Engels, Federico. *La sagrada Familia*, La Habana, Editora Política, 1965, p. 208.

<sup>66</sup> Su concepción de la sensación es más avanzada que la de los sensualistas que la hiperbolizaban. Bello la concibe de forma más limitada o como un paso preliminar de la conformación de la percepción, pero sin muchas posibilidades de contribuir al conocimiento si no es a través de la integración con otras sensaciones en una percepción que exige siempre ser enjuiciada o sea sometida al análisis de los juicios, como puede apreciarse cuando plantea: “Así, pues, tomamos las palabras *sentir* y *sensación* en un significado mucho menos extenso que el de la escuela sensualista, para quien la sensación es percepción, es juicio, es raciocinio, es deseo, volición, etc.; que ve, en suma, en todas las afecciones, en todas las operaciones del alma, nada más que la sensación trasformada; sistema que se reduce en realidad a variar el significado de la palabra, aplicándola a todos los estados y a todos los actos del alma, de que tenemos conciencia” Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. 60-61.

duración y del tiempo. No era necesario que percibiendo primero el relámpago y en seguida el trueno, primero un juicio y en seguida un deseo, concibiésemos que lo uno era antes y lo otro después. Pudimos ser constituidos de manera que de cada uno de estos dos pares de percepciones no naciese en el alma un concepto, una percepción, en que las viésemos sucederse una a otra. Este concepto es obra del alma que ejercita su actividad sobre las sensaciones y las intuiciones, necesarias sin duda para que el alma lo forme, pero necesarias como condiciones, no como elementos”.<sup>67</sup>

Algo que criticaría radicalmente en el sensualismo desde sus primeras manifestaciones conocidas en la cultura occidental en la teoría de las *eidolas* de Demócrito, fue atribuirle un carácter meramente pasivo al sujeto en el proceso de percepción de la realidad. A su juicio: “Por un efecto del mismo prestigio se asemejó la relación entre las representaciones intelectuales y los objetos sensibles a la que existe entre una pintura y su original, y se supuso, en consecuencia, que los objetos enviaban a los órganos verdaderas imágenes de sí mismos, que se imprimían en una parte del cerebro llamada sensorio, donde eran percibidas por el entendimiento. Esta grosera teoría está desterrada mucho tiempo ha de las escuelas; pero no sé si en la de Condillac y sus discípulos sobre las modificaciones del alma humana, deje de percibirse enteramente la injerencia de aquel principio de error, que, exagerando las semejanzas, nos presenta como un descubrimiento lo que quizá es una simple metáfora. Cuando así no sea, la teoría que reduce a la sensación todos los otros actos y afectos del alma, solo podrá mirarse como una generalización arbitraria del significado de una palabra”<sup>68</sup>. Su clara concepción sobre el papel activo del sujeto en el proceso del conocimiento lo distanciaba críticamente de cualquier perspectiva contemplativa al respecto.

De ahí que para preciar los aportes de Bello sea válido tener presente aquella recomendación metodológica de Engels según la cual a los filósofos no se les debe valorar por lo que dejaron de aportar respecto a sus sucesores o por lo que se equivocaron en relación con la actualidad, sino por el contrario por lo nuevo que enriquecieron el pensamiento y superaron a sus antecesores. De igual forma no deben ser de tan valorados los problemas que resolvieron, pues a la larga estos pueden resultar efímeros y superados, sino por los métodos que emplearon y de qué forma les dieron solución relativa acorde con sus respectivas épocas.

---

<sup>67</sup> p. 101-102.

<sup>68</sup> p. 211.

No por conocida deja de ser necesario recalcar la valoración que hizo Gaos de esta obra, y en general de su autor, quien no era reconocido como un pensador “universal” por el simple hecho de haber nacido en Caracas<sup>69</sup>. De este modo el filósofo español tomaba posición frente al eurocentrismo y la fetichización del pensamiento europeo, que como plantea Damián Pachón,<sup>70</sup> subyace en la actualidad, aunque algo más atenuado no ha desaparecido del mundo intelectual y académico del cual ha sido víctima no solo Bello, sino numerosos filósofos latinoamericanos, a los cuales bien se les ha negado tal condición o ha demorado mucho<sup>71</sup> que se les reconociese como tal.

En verdad, todos los etnocentrismos resultan débiles en su fundamentación, pues independientemente de que la filosofía en América se haya nutrido del pensamiento europeo, no constituye una simple replica de este último.<sup>72</sup> De ahí que sea tan cuestionable el término de recepción tan usual entre algunos estudiosos de la historia de las ideas en esta región.

Algo que se destaca en esta obra de Bello desde su párrafo inicial — a tenor con la direccionalidad que le concederían al saber filosófico, en especial Kant y Fichte, y que de algún modo influirían también en Marx en su propuesta orientada hacia la praxis — es la clara y precisa intención de otorgarle una función activa a la filosofía y no considerarla solo un saber contemplativo.

A lo largo de todo el libro se aprecian innumerables ejemplos a través de los cuales

<sup>69</sup> “Si Bello hubiera sido escocés o francés, su nombre figuraría en las Historias de la filosofía universal como uno más en pie de igualdad con los de Dugald Stewart y Brown, Royer Collard y Jouffroy, si es que no con los de Reid y Cousin”. Gaos, José. “Introducción”. En: *Filosofía del entendimiento*. México: Fondo de Cultura Económica. 2006. p. LXXXIII.

<sup>70</sup> “Un problema derivado del anterior y del <<vacío de tradición>> mencionado, es la fetichización del pensamiento europeo. Esa fetichización es producto de un colonialismo tal vez inconsciente. Se enseña a subvalorar lo propio y esto ha llevado a rechazar parte de la producción intelectual de este continente. Bien conocido es el caso del libro *Filosofía del entendimiento* de Andrés Bello, publicado póstumamente en 1881, una obra a la altura del pensamiento inglés, pero que fue ocultado por el prejuicio de inferioridad del latinoamericano y por las prácticas sectarias de Menéndez y Pelayo en España. Esta subvaloración de lo propio es lo que transmiten los profesores de filosofía a sus estudiantes. No se trata de desconocer el pensamiento europeo, pues esto sería tan inadecuado como prescindir de *CRIMEN Y CASTIGO* de Dostovieski en literatura, lo que se pide es una actitud crítica frente a él y frente a la propia realidad; se solicita que el filósofo mire su entorno y, a partir de allí, con método, con rigurosidad, acceda a la universalidad. Como decía el recientemente fallecido filósofo mejicano Leopoldo Zea: <<Filosofar: a lo universal por lo profundo>>”. Pachón, Damián. *Estudios sobre el pensamiento colombiano*. Ediciones Desde Abajo. Bogotá. 2011. p. 134.

<sup>71</sup> “Otro aspecto sobresaliente de la múltiple personalidad de Bello es el de ser filósofo, que vino a ser el de más tardío reconocimiento”. Pinheiro Ferreira, Silvestre. “Pensadores y filósofos conservadores”. Dussel, E. Mendieta, E. y Bohórquez, C. *El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y “latino” (1300-2000)*, Siglo XXI Editores, México, 2009. p. 753.

<sup>72</sup> “La historia de las ideas latinoamericanas no es una imitación de los modelos europeos, sino el resultado de una historia diferente, que ha permitido una elaboración de carácter “americano” dando organicidad a una construcción ideológica sobre la cual no puede dejar de influir la raíz europea”. Scocozza, Antonio. *Filosofía, política y derecho en Andrés Bello*. La Casa de Bello. Caracas. 1989. p. 38.

Bello trata de demostrar la utilidad que tiene una buena utilización del entendimiento y en qué medida la filosofía desempeña un papel de brújula orientadora de la actividad de los hombres.

Este hecho no debe significar que se identifique plenamente con el utilitarismo, si bien tuvo algunos vínculos con esta filosofía, especialmente con las ideas de Mill y Bentham<sup>73</sup>. Pero si en algo se diferenció de esa postura fue su desacuerdo en reducir el placer a su expresión material, ya que le otorgaba una mayor significación a aquel que se producía con el enriquecimiento de la espiritualidad. A su juicio: “No solamente los goces materiales, que consisten en meras sensaciones, sino también, y principalmente, los del espíritu, los del entendimiento, los de la imaginación, los de la beneficencia, los que acompañan al testimonio que la conciencia da al hombre justo de la rectitud de sus actos, los que produce en los espíritus religiosos la idea de un Ser Supremo, a cuya vista nada esconden los más íntimos pliegues del corazón, y que se complace en el homenaje de un alma pura, sumisa y resignada”.<sup>74</sup>

Resulta algo contraproducente que en la misma medida en que el pensador venezolano propugnó la necesidad de estimular el entendimiento como medio de proceder a una conquista paulatina de las fuerzas de la naturaleza y la sociedad, en múltiples ocasiones ofreció suficientes motivos para considerar que compartía muchos componentes básicos del escepticismo y el agnosticismo, como cuando planteaba: “Este es el resultado definitivo de todo estudio sobre la materia. Lo que son la materia y las cualidades materiales en sí mismas y no meramente como causas de sensaciones, no lo sabemos ni es accesible este conocimiento a las facultades mentales de que estamos dotados”<sup>75</sup>. Tal vez esa puede haber sido uno de las razones que dieron lugar a que de forma incorrecta se le considere un representante del positivismo, desconociendo las grandes diferencias que lo separaba de este último, especialmente del comtiano<sup>76</sup>, aunque no cabe duda de que existen algunas ideas que

<sup>73</sup>“Bello se separa claramente del enfoque idealista, que pretende una verdad objetiva cuyo conocimiento racional es suficiente para mover a la acción. Pero también se separa, dice, del enfoque sensualista, que niega que el ser humano pueda ser capaz de apasionarse por el orden. No hay que olvidar, pues, que el orden general de Bello es un orden derivado de la máxima felicidad posible de cada cual, que es el placer.” Álvarez, Iñigo. “Acerca de algunas ideas utilitaristas de Andrés Bello”. En Ossandón, Carlos. Ruiz, Carlos. (Coord). *Andrés Bello Filosofía pública y política de la letra*, Fondo de Cultura Económica, México, 2013, p. 91.

<sup>74</sup> Bello, Andrés, “Apuntes sobre la teoría de los sentimientos morales de Mr. Jouv froy”. En *Obras completas*, vol. III, Caracas, Ed. La Casa de Bello, 1981, p. 549.

<sup>75</sup> Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. 28.

<sup>76</sup> Véase: Guadarrama, Pablo. *Positivismo y antipositivismo en América Latina*, Editorial Ciencias Sociales. La Habana. 2004. < <http://biblioteca.filosofia.cu/php/export.php?format=htm&id=231&view=1> >.

parecieran hacerle confluir con el agnosticismo de Spencer. Pero por supuesto este rasgo no debe ser motivo suficiente para identificarlo con dicha corriente, pues existen innumerables ejemplos en la historia de la filosofía de identificados con el agnosticismo que nada tienen que ver con el positivismo.

Es necesario tener presente que los pensadores que expresan ideas escépticas y agnósticas no necesariamente coinciden con posturas nihilistas. Esto significa que no siempre renuncian al conocimiento de una parcela de la realidad lo suficientemente como para considerarse en la posibilidad de transformarla con éxito. De manera que cuando Bello planteaba el siguiente enunciado estaba convencido del profundo conocimiento que se podía lograr de aquella parcela del mundo objeto del conocimiento: “Las percepciones renovadas por la simple memoria o por la imaginación se llaman *ideas*. *Idea* significa imagen; las percepciones renovadas se han llamado imágenes de las percepciones actuales por la semejanza que verdaderamente tienen con ellas. Las ideas a que acompaña el juicio seguro de la realidad de los objetos, se llaman conocimientos”.<sup>77</sup>

Existen numerosos afloramientos de agnosticismo<sup>78</sup> en la concepción epistemológica de Bello, en este libro que García Bacca caracterizaría como <agnosticismo limitado><sup>79</sup>, pero ese hecho en modo alguno demerita sus aportes al enriquecimiento de la teoría del conocimiento y en particular a esta disciplina en el ámbito filosófico latinoamericano. Bello desarrolló ideas muy propias, originales y auténticas sobre el proceso del conocimiento humano, sin embargo lamentablemente se le ha querido clasificar su postura filosófica utilizando algunas de las contradictorias corrientes filosóficas de la época y como no ha sido tan sencillo encasillarla en alguna de ellas, se ha tratado de manera inútil de forzarla a ser considerada por García Bacca, como un “plan digno de un positivismo espiritualista integral”<sup>80</sup>, definición esta que resulta sin duda un contrasentido.

Uno de los elementos que contribuyó sin duda a su agnosticismo fue su profunda

<sup>77</sup> Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. 28

<sup>78</sup> “La causa, pues, de la sensación, la materia, es algo cuyas acciones individuales están circunscritas a ciertas localidades determinadas por el orden de las afecciones táctiles, orden que consiste en las series y especies de los esfuerzos necesarios para pasar de unas afecciones a otras. De la naturaleza íntima de este *algo* nada sabemos; solo podemos representarnos sus cualidades y las relaciones que tiene consigo mismo, esto es, una partícula material con otras partículas materiales por las diferentes sensaciones que produce, y por las relaciones que tienen estas entre sí y las sensaciones”. *Idem*. p. 282-283.

<sup>79</sup> García Bacca, Juan David. “Prólogo” a Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. LXXV.

<sup>80</sup> García Bacca, Juan David. “Condillac, Berkeley y Bello”, *Revista Nacional de Cultura*. Caracas. A. 12. 1951. n. 89. p. 223.

concepción religiosa del mundo. Esto no significa que siempre que esta se observe conduce a los senderos del agnosticismo, pues la historia de la filosofía atesora innumerables ejemplos de pensadores, entre los cuales se destaca Hegel, en los que la perspectiva religiosa no conduce necesariamente al agnosticismo, pero en algunos casos como el de Bello, dicha concepción si condicionó su postura epistemológica, como puede apreciarse en las siguientes ideas: “Las obras de la naturaleza no son como las humanas. Un hombre podrá comprender una de estas a fondo, y juzgar si el artífice se ha valido de los medios más sencillos, y si todos los pasos de la obra se adaptan, perfectamente unos a otros. Pero es una sabiduría muy superior a la del hombre la que preside al encadenamiento de los fenómenos naturales: sus planes, sus primeros muelles, la naturaleza de los materiales que emplea, se nos revelan de un modo parcial e imperfecto, y a menudo se nos pierde de vista entre el complicado juego de acciones y reacciones que se manifiestan a nuestra vista y la confunden y abruman”<sup>81</sup>.

Otra expresión de su agnosticismo se desprende de una afirmación como la siguiente: “Nuestro espíritu no nos es conocido sino por las afecciones que experimenta y por los actos que ejecuta. De su íntima naturaleza nada sabemos”<sup>82</sup>. Pero este punto de partida fenomenalista y agnóstico no se mantiene de manera consecuente a lo largo de todo el libro, y mucho menos en su desalienadora fructífera labor educativa, en particular en Chile, pues existen razones para explicar cómo alguien que confiaba tanto en la potencialidad de la educación pudiese sostenerse de manera consecuente en los pilares del escepticismo y el agnosticismo.

Estos últimos siempre tienen raíces gnoseológicas, pues si innumerables pensadores, sobre los cuales no se debe tener duda en relación con su capacidad de inteligencia, los han compartido, suficientes razones han tenido. Cuando no existe una clara concepción de que las verdades absolutas no existen, al menos para la ciencia y la filosofía, pues otra cuestión es para la fe religiosa, y que toda verdad es histórica, circunstancial, concreta y relativa, lo cual no quiere decir que no contenga cada una de ellas algún componente de lo absoluto, es cuando se motivan las posturas agnósticas. Y el caso del filósofo venezolano no es la excepción: “Llama la atención la firme convicción de Bello acerca de que la naturaleza no revela todos sus secretos puesto que siempre algo del mundo físico queda como no logrado en la sistematización o explicación de los hechos. Esto es, que la ciencia no traslada totalmente el

<sup>81</sup> Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. 420-421.

<sup>82</sup> *Idem*. p. 14.



plano ontológico al utilizar su formulación y su metodología al plano cognoscitivo y lógico. Algo resta, pero la naturaleza ofrece algunas dificultades para la máxima objetividad en las explicaciones. ¿Se trasunta esto al plano de la divulgación, principalmente escrita, del conocimiento científico sobre las porciones de realidad acotadas en cada elucidación? La lógica indica que debería ser así; puesto que si el todo del hacer científico deja fuera una porción de lo concreto -o de la esencia de lo concreto- los difusores sobre la ciencia, en tanto partes del corpus global, también llevan implícita dicha carencia”<sup>83</sup>.

El hecho de que tuviese serias dudas sobre la posibilidad de conocer las verdaderas causas del proceso fisiológico de conformación de las sensaciones no menguaría su confianza en la potencialidad epistémica del hombre para conocer determinadas relaciones tanto de la naturaleza, como de la sociedad y de la propia subjetividad humana. Por un lado se cuestionaba: “De la naturaleza de las impresiones orgánicas nada sabemos a fondo. ¿Hay en los nervios un fluido a que cada acción de una sustancia corpórea imprima un movimiento particular? ¿O constan ellos de fibras que las impresiones hagan vibrar de un modo u otro? ¿O las acciones que los afectan modifican diversamente su constitución química? Estas cuestiones pertenecen más bien a la fisiología que a la ciencia del entendimiento; y cuando pudiéramos resolverlas satisfactoriamente, no por eso dejaría de quedar en pie la dificultad toda entera, que consiste en explicar cómo nace la sensación en el alma a consecuencia de la modificación, cualquiera que sea, que se verifica en los nervios y en el cerebro”<sup>84</sup>. Por otra parte, en algunos momentos dejaba translucir algunos fugaces elementos de optimismo epistemológico<sup>85</sup> — al considerar que las percepciones podrían ofrecer verdaderas imágenes de la realidad—<sup>86</sup> así como de confianza en la capacidad de perfeccionamiento permanente de la

<sup>83</sup> Berrios C. Mario y Saldivia, Zenovio. “Andrés Bello: entre la oralidad y la tradición escrita”. *Revista de Sociología*. Santiago de Chile. p. 57. <  
<http://www.facso.uchile.cl/publicaciones/sociologia/articulos/09/0905-BerriosySaldivia.pdf> >.

<sup>84</sup> Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. 37-38.

<sup>85</sup> “(...) el tipo de cada raciocinio depende de la materia sobre que discurrimos. Los hombres, adaptando intuitivamente a cada materia el proceder deductivo que le conviene, rara vez se extravían. Pero si alguna vez pudiese haber duda sobre la legitimidad de la deducción, el mejor modo de desecharla sería recurrir a un experimento intelectual, aplicando el proceder deductivo a una materia familiar análoga. Si de premisas incontestables deducimos una conclusión absurda o manifiestamente falsa, el proceder deductivo es vicioso”. *Idem*. p. 357.

<sup>86</sup> “Este es el último punto hasta donde puede llevarnos la comparación entre el lenguaje humano y el lenguaje que habla a nuestros sentidos el universo corpóreo. Las dos relaciones de *semejanza* y *sucesión* son comunes a ambos, y en el uno como en el otro no significan, sino copian relaciones de la misma especie, ya entre los sonidos del habla, ya entre las cualidades de los cuerpos. Pero las sensaciones nos representan otra relación más. Podemos notar, por ejemplo, que el cuerpo A es *más o menos* blanco que el cuerpo B, o que la blancura del uno es *igual* a la blancura del otro. En este caso, comparando las sensaciones recibidas, notamos entre ellas la

condición humana por medio de la educación y la cultura, pero en especial de la ciencia y la tecnología<sup>87</sup>.

A su juicio: “[...] la naturaleza ha observado un plan especial en la educación del hombre. Ella ha querido desde muy temprano instruirlo por la experiencia y por su razón. Todo lo que el hombre ha podido aprender por medio de la experiencia, hay bastante motivo para creer que no lo ha debido a instintos especiales, y el aprendizaje de que se trata no parece más difícil que tantos otros, que en el primer destello de la razón han sido indudablemente el fruto de la observación excitada por la necesidad y de una especie de raciocinio analógico espontáneo, de que no daba aviso la conciencia”<sup>88</sup>. Aquí pareciera confluir con el primer párrafo de la Crítica de la razón pura en cuanto a la conjunción de la experiencia y la razón.

Aunque estaba convencido de la superioridad del empirismo y del método inductivo para la construcción del saber científico, era consciente de las limitaciones y obstáculos que este podía revelar en el proceso de construcción del saber científico. Sin embargo, aun así lo prefería en relación con el escolástico deductivismo aristotélico-tomista<sup>89</sup>, en el cual se había formado inicialmente y encontraba valiosos fermentos epistémicos que no se debían desechar. Su postura al respecto se expresaba de esta forma: “En las ciencias de hechos lo natural y aun necesario es principiar estudiando los fenómenos particulares para percibir sus semejanzas y enlaces y reducirlos a leyes generales; método al mismo tiempo analítico y analógico. Pero sucede muchas veces que el resultado de esta primera generalización no es completo y exacto; que se hayan escapado al observador algunas de las circunstancias determinantes del fenómeno, o que no se tenga todavía la expresión exacta de cada una de ellas. Para completar la averiguación, aplicaremos el principio ya conocido a fenómenos de la misma especie, pero en parte diferentes de los que se tomaron primero en consideración, y en este descenso

---

relación que solemos declarar con una de las palabras *más, menos, igual*; y nos representamos una relación de la misma especie entre las causas de las sensaciones, es decir, entre las cualidades corpóreas: representación que no se efectúa por medio de símbolos, sino de verdaderas imágenes”. *Idem*. p. 224.

<sup>87</sup> “Con todo, tan grande ha llegado a ser en estas operaciones el esmero del hombre, tan bien conocidas y calculadas están las causas de error, se ha llevado a tal punto la fidelidad de las observaciones por medio de máquinas ingeniosas que extienden el alcance de los sentidos y rectifican sus informes, y se han tomado tales precauciones para que influyendo los errores en contrario sentido, se compensen, que se ha logrado elevar las mediciones trigonométricas y geodésicas a un grado de exactitud verdaderamente maravilloso. En la mayor parte de los problemas geométricos que conciernen a los negocios ordinarios de la industria civil y rural, ni aun se necesita de tanto para que las verdades hipotéticas de las matemáticas sean incontestablemente útiles en la vida”. *Idem*. p. 367.

<sup>88</sup> Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. 162.

<sup>89</sup> “(...) es mucho peor la filosofía escolástica, reducida a emplear por único instrumento el silogismo, y perdida en abstracciones sutiles que no tenían como las matemáticas aplicación alguna ni a las ciencias naturales, a las ciencias sociales, ni a las artes. Al estudio exclusivo de la jurisprudencia”. *Idem*. p. 410.

sinético de las causas a los efectos, de lo general a lo particular, compararemos las consecuencias demostrativas del principio con los nuevos hechos, para modificarlo de manera que los represente con precisión y los contenga todos. Así, la marcha de las ciencias es alternativamente analógica y demostrativa, analítica y sintética. Pero no todas las materias sobre que versa el raciocinio se prestan a este doble proceder, y en algunos casos el segundo pudiera no ser otra cosa que una repetición del primero en orden inverso, con las mismas inexactitudes y errores”<sup>90</sup>.

Aun reconociendo la posibilidad de tales equívocos, confiaba mucho más en la capacidad de la razón humana de extraer conclusiones de acontecimientos sobre los cuales no se tuviera una experiencia directa, pero que tuviesen algún tipo de comportamiento similar a otros validados por la experiencia común. Así lo sostenía cuando afirmaba: “En las imaginaciones científicas hay una tendencia igual a explicar los hechos menos conocidos por las leyes racionales de que tenemos conocimiento, propasándonos hasta negar la existencia de lo que no puede concebirse por ellas”<sup>91</sup>. En tal sentido pareciera haberse adelantado a la sustentada crítica de que fue objeto el endeble principio de verificación propugnado por el positivismo lógico del Círculo de Viena.

Todo parece indicar que no obstante las profundas aproximaciones y convergencias con estas posturas epistemológicas escépticas y agnósticas, su confianza en la perfectibilidad humana, en verdad lo hacía distanciarse de ellas. De manera que podría considerarse la existencia de cierto conflicto entre sus tendencias agnósticas, derivadas de su empirismo y su fenomenalismo en relación con su concepción ética humanista.

Quizás otro de los aportes de Bello a la cultura filosófica latinoamericana — pues no resulta esto válido solo para Chile, donde desplegó su más significativa colaboración cultural—, es haber contribuido a introducir la filosofía moderna en las instituciones educativas, en particular en la universidad. Es sabido que durante el período colonial la mayor parte de las instituciones educativas se encontraban controladas por la Iglesia y por lo tanto por la escolástica, de manera que no se permitía fácilmente que las ideas modernas se cultivasen, de ahí que estas encontrasen un terreno más favorable en otros círculos intelectuales excéntricos, según sostiene Rafael Antolínez,<sup>92</sup> es decir, al margen de los

<sup>90</sup> *Idem.* p. 397.

<sup>91</sup> *Idem.* p. 418.

<sup>92</sup> “*El carácter excéntrico.* Utilizamos la expresión excéntrico para denotar que al igual que ocurrió en España, el pensamiento ilustrado no tuvo auge en los centros de enseñanza, colegios y universidades, en quienes

educativos.

El libro de Bello había surgido con el objetivo de ser un texto para la enseñanza. Independientemente de la demora en su publicación, dadas las ideas empiristas que propugnaba, — si bien permeadas por el espiritualismo<sup>93</sup>, pero propugnadoras del saber científico y de una filosofía al servicio de la transformación práctica de los países de Nuestra América que recién habían emprendido la vida republicana —, resultaba muy favorable a la formación de las nuevas generaciones.

Muchas de las ideas contenidas en este libro fueron formuladas con antelación al proceso de elaboración y, por supuesto, de su publicación, razón por la cual comenzaron a dejar su impronta en la vida académica chilena desde mucho antes de que el libro saliera a la luz.

Los investigadores de la historia de la filosofía, en cualquier latitud y no sólo la que se ha producido en Latinoamérica, por lo general tienen la tendencia a encasillar a los pensadores en una determinada corriente o escuela, ya anteriormente reconocida en el mundo académico, por lo que resulta difícil reconocer la validez epistémica de autores que parecen escapar a tales estrechas etiquetadas clasificaciones.

Bello no es el único caso en esta incómoda situación de escaparse a las tradicionales clasificaciones, pues algo similar ocurre con Montalvo, Rodó, Varona, Martí, Vasconcelos, Ingenieros, Zea, Roig, Zuleta, etc. La lista se haría interminable. El problema radica en que se preestablecen una serie de características propias a cada una de las corrientes o escuelas filosóficas, y se pretende que el pensador en cuestión se acomode como en lecho de Procusto a alguna de ellas. Y si no se logra, pues entonces peor para el filósofo objeto de análisis, ya que lamentablemente no puede ser clasificado.

No se admite la posibilidad de que este sea un posible germinador de una nueva tendencia ontológica, epistémica o axiológica. O a lo aumo, esa virtud solo se les reserva a los filósofos europeos y algún que otro norteamericano, por el hecho de ser considerados

---

encontró sus más fehacientes opositores; por el contrario su difusión se realizó en las tertulias y asambleas de buen gusto y a través de los periódicos que, por entonces, vieron la luz, tales como: *El Mercurio Peruano*, *El Papel Periódico de La Habana*, *La Lira Americana*, las *Primicias de la Cultura de Quito* y el *Papel Periódico de Santa Fe de Bogotá*". Antolínez, Rafael. "La filosofía en el siglo XVIII: Novatores e ilustrados. Marquín Argote, Germán y otros, *La filosofía en América Latina*, Bogotá, Editorial el Búho, 1993. p. 116.

<sup>93</sup> "Su empirismo está más en la forma del análisis que en el contenido. Pues en cuanto al contenido prima el espiritualismo, dando mucho énfasis a la idea según la cual el espíritu en todas sus actividades es esencialmente activo". Rojas Osorio, Carlos. *Filosofía moderna en el Caribe hispano*. Universidad de Puerto Rico-Editorial Porrúa. México. 1997. p. 62.

herederos directos del pensamiento anglosajón. Y si a filósofos ibéricos como Ortega y Gasset o Unamuno les ha sido difícil ser reconocido en el panteón de los <<clásicos universales de la filosofía>>, que se podrá esperar cuando se trate de un latinoamericano. No importa que haya vivido dos décadas en Londres y haya cultivado no solo amistad, sino fructífero intercambio de ideas con grandes filósofos de su época como James Mill o Bentham, como fue el caso de Bello. No es suficiente que haya escrito una obra tan enjundiosa como *Filosofía del entendimiento*, y que haya dejado una voluminosa producción intelectual en diversos campos del saber. Algunos pensadores europeos no han llegado a tener una obra de tal magnitud y profundidad, sin embargo, no se les cuestiona su status de clásicos universales.

Ha sido común entre algunos historiadores de la filosofía cierto preconcebido algoritmo, según el cual un filósofo que se inclina por el empirismo en el plano epistemológico, de ninguna forma es lógico pensar que pueda confluir con el idealismo y el espiritualismo, como en el caso de Bello, sino que debe inclinarse necesariamente hacia el materialismo. Tal criterio preconcebido ignora lo planteado al respecto por Lenin quien sugiere que del empirismo lo mismo se pueden derivar posiciones materialistas que idealistas<sup>94</sup>.

Bello parece superar el carácter contemplativo que Marx criticó en el materialismo existente hasta su época, al considerar el sujeto como algo pasivo y mero reproductor de imágenes provenientes del exterior. De ahí que Aristóteles considerase el proceso del conocimiento metafóricamente como algo similar a la huella que deja un anillo cuando se le presiona sobre un trozo de cera.

Es sabido que gracias a Kant se produce el giro copernicano que implica una mejor valoración del papel del sujeto en el proceso cognoscitivo, independientemente de que extrapolara las funciones de la subjetividad al punto de llegar a considerar que el espacio y el tiempo eran formas *a priori* de la subjetividad, ideas estas que de algún modo Bello aceptó, al igual que la existencia de los juicios sintéticos *a priori*<sup>95</sup>.

---

<sup>94</sup> “Partiendo de las sensaciones se puede ir por la senda del subjetivismo, que lleva al solipsismo (<<los cuerpos son complejos o combinaciones de sensaciones>>) y se puede ir por la línea del objetivismo, que lleva al materialismo (las sensaciones son imágenes de los cuerpos, del mundo exterior). Para el primer punto de vista —el del agnosticismo o, yendo un poco más lejos, el del idealismo subjetivo— no puede haber verdad objetiva. Para el segundo punto de vista, es decir, el del materialismo es esencial el reconocimiento de la verdad objetiva”. Lenin, Vladimir Ilich. *Obras completas*. Editorial Cartago. Buenos Aires. 1959. T. XIV. p. 125.

<sup>95</sup> “Hay pues principios irrecusables, principios que el entendimiento humano se siente compelido a aceptar por

Por esa razón, Marx llegaba a la conclusión de que el lado activo del proceso cognoscitivo había sido desarrollado, hasta aquellos momentos, más por el idealismo filosófico que por el materialismo.

En el caso de Bello no se trata de que por su confluencia con el idealismo — que en lo fundamental caracteriza su filosofía —, necesariamente se derive una postura de reconocer el lado activo del conocimiento en el sujeto<sup>96</sup>. Existen innumerables ejemplos en la historia de la filosofía que demuestran que no siempre el idealismo ha conducido a resaltar el determinante papel de la subjetividad en la conformación del conocimiento. Pero en el caso del filósofo venezolano su postura epistémica al respecto resulta *sui generis*, pues al observar las limitaciones del sensualismo auxiliado por una mejor valoración del papel de la razón, llega a conclusiones mucho más adecuadas sobre el papel activo de la subjetividad humana en el proceso del conocimiento<sup>97</sup>.

Al respecto, Bello deja esclarecida la cuestión cuando asegura que “En la percepción intuitiva se nos presenta bajo dos aspectos la conciencia: pasiva en cuanto contempla la modificación objeto y en cierto modo la refleja; activa en cuanto concibe y afirma una relación de identidad entre el ser que experimenta la modificación objeto y el ser en quien reside la conciencia que la refleja”<sup>98</sup>. A partir de tal enunciado queda suficientemente claro que el pensador venezolano se inscribiría en la mejor tradición epistemológica moderna, después de haber superado los escollos del subjetivismo de Berkeley, sin dejar de expresar sus simpatías por él<sup>99</sup>.

Algo que lo diferenciaría sustancialmente de este último sería la admisión de la

---

una ley de su naturaleza, y cuya negativa, sin embargo, no envuelve contradicción alguna: en una palabra, hay principios sintéticos *a priori*.” Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. 415.

<sup>96</sup> En todo juicio *concebimos* una relación. En todo juicio saca el alma de la yuxtaposición de dos elementos una tercera entidad, distinta de cada uno de ellos y de su mero agregado. El alma es, pues, fecunda, es activa, en el juicio, y por consiguiente en todo género de percepciones”. *Idem*. p. 59.

<sup>97</sup> “Ya en la *Filosofía del entendimiento*, Bello no había concedido nada a la pasividad, y había entrado en abierto conflicto con el sensualismo más ortodoxo, que no explica, según él, la naturaleza del ánimo humano en cuanto lo concibe como siempre condicionado por las sensaciones. Con mayor razón está dirigido ahora a reducir al máximo el área de la pasividad. A su juicio, si no fuera así, se estaría lanzado hacia una calle ciega y no se aprehenderían las dimensiones reales de la interioridad humana que es el fruto no solo de lo sensible sino también de lo racional: “Somos no solo seres racionales, sino seres sensibles; y la moral tiene una relación tan íntima, tan inmediata, con la parte sensible de nuestro ser, como con la parte racional”. Scocozza, Antonio. *Filosofía, política y derecho en Andrés Bello*. La Casa de Bello. Caracas. 1989. p 174.

<sup>98</sup> Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. 23.

<sup>99</sup> “Hemos probado que la teoría de Berkeley no presenta nada de absurdo, sino a los que no se han detenido a examinarla. La sustancialidad de los cuerpos no puede probarse, y somos compelidos a creerla: luego esta creencia es un elemento primario de la razón humana.” *Idem*. p. 306.

existencia del mundo objetivo externo<sup>100</sup>, que conforma la materia, como causa esencial en la producción del conocimiento. Otra conclusión no puede extraerse del siguiente planteamiento suyo: “Llegada esta época del entendimiento, sucede que cuando un cuerpo obra sobre un órgano y se produce una sensación en el alma, nace en nosotros el juicio de que la afección que experimentamos no es una sensación recordada, sino una sensación actual, y de que otros espíritus, colocados en las mismas circunstancias, la experimentarían como el nuestro. Sabiendo que a esta sensación corresponden otras de diferente especie, como por ejemplo, a las de la vista, oído y olfato las del tacto, juzgaremos también que, poniéndonos en circunstancias de experimentar las segundas, estas nacerán infaliblemente en el alma. Al ver, por ejemplo, un río, no puedo dudar que le veo verdaderamente; que la visión que experimento no es comparativamente débil, como las que imagino o recuerdo, ni está sujeta del modo que estas al imperio de mi voluntad; que otros verán el río como yo, si se hallan en las mismas circunstancias que yo, y que si aplico a él los órganos del tacto, se producirán en mí y en ellos ciertas afecciones táctiles, aquellas, es a saber, que corresponden a cierta resistencia débil, a cierta movilidad, presión, impulso, etc. A la verdad, no solemos pronunciar mentalmente estas proposiciones, porque familiarizados con ellas, llegamos desde muy temprano a no prestarles atención alguna; ellas entran sin embargo a cada paso en los pensamientos, y son el preciso supuesto sobre que arreglamos todas las operaciones de la vida”<sup>101</sup>. Es clara aquí su consideración de la materialidad del mundo objetivo a través de la experimentación común de percepciones.

En otro momento plantea: “Se llama *ser material* o *materia* todo lo que es capaz de producir sensación. Nótese también que del ser material que nos es conocido por un solo sentido (como el clavel mientras solo nos es conocido por el olor) no podríamos tener sino un conocimiento enteramente oscuro y elemental. Pero viniendo después otras sensaciones, a juntarse con la primera, refiriéndose todas a un mismo ser, resulta de esta unión un objeto complejo, que nos es tanto mejor conocido, cuanto es mayor el número de sensaciones

---

<sup>100</sup> “Todas las ideas se descomponen últimamente en percepciones renovadas, y la facultad de renovar las percepciones se llama memoria. Verdad es que el alma renueva no solo percepciones actuales, sino ideas: no solo, por ejemplo, las percepciones actuales del árbol que vimos ayer, sino la idea de un árbol que jamás hemos visto y que solo conocemos porque hemos oído o leído su descripción. Pero la idea de este segundo árbol se compone, no menos que la del primero, de percepciones renovadas. Toda la diferencia consiste en que el primer conjunto de percepciones nos lo dio inmediatamente el mundo externo obrando sobre nuestros sentidos, y el segundo lo hemos formado nosotros entresacándolas del vasto depósito que tiene ya acumulado la memoria”. *Idem.* p. 236.

<sup>101</sup> *Idem.* p. 230.

elementales de que ha sido causa. Este conjunto de sensaciones por cuyo medio conocemos un objeto complejo, forma una idea compleja.”<sup>102</sup> Sin embargo, en otro momento del texto no parece lógico que alguien como Bello, que valoró tanto el significado de la filosofía, sostenga que da igual que exista o no el mundo material. “Yo, por mi parte, hallo difícil persuadirme de que, si se viese la causa externa de las sensaciones despojada del atavío de los signos con que la fantasía nos la engalana, y en aquella absoluta desnudez en que la debe contemplar el entendimiento, se hubiese dado tanta importancia a la cuestión de su existencia sustancial. ¿Qué importa que estas sombras, que se deslizan a la imaginación por más esfuerzos que haga para asirlas, sean sustancias verdaderas, o meros influjos de una inteligencia que obra según ciertas reglas generales sobre inteligencias inferiores?”<sup>103</sup>. En realidad resulta algo sorprendente que Bello le haya otorgado tan poca importancia a una cuestión tan fundamental como admitir o no la existencia del mundo exterior a las sensaciones o sea la materia.

Aun cuando se aprecia que consideraba el conocimiento como un resultado integral de la articulación de múltiples sensaciones, y en la conformación de ellas desempeñase un significativo papel la actividad subjetiva, así hacía depender su constitución del determinante componente material<sup>104</sup>, sin el cual, a su juicio, no resultaría posible ningún tipo de conocimiento. O lo que es lo mismo, las reglas del entendimiento resultarían estériles si no contasen con el indispensable fermento material que en última instancia produce el saber humano.

Ahora bien, el acto cognoscitivo para Bello no se inicia como una simple copia fotográfica de la realidad objetiva, sino como un acto creativo en el cual el sujeto aprecia de determinada forma el objeto. Según él: “(...) el alma, la conciencia, el yo, no percibe directamente el olor del clavel; lo que percibe directamente es una modificación particular suya propia, que para ella no tiene relación con ningún ser distinto de ella”<sup>105</sup>.

De manera que, según él, el conocimiento resulta un producto o una construcción en la que participan activamente tanto lo objetivo como lo subjetivo, pues considera que “[...] junto con la percepción indirecta de cualidad o estado material, esto es, del olor o de la fatiga, hay la percepción inmediata y directa de un acto que, sin embargo de ser producido por el

<sup>102</sup> *Idem.* p. 18.

<sup>103</sup> *Idem.* p. 291.

<sup>104</sup> “(...) cuando cierta modificación particular es producida actualmente en el alma por la acción de un ser material, a que atribuimos en consecuencia una cualidad, damos a esa modificación del alma el nombre de *sensación*”. *Idem.* p. 18.

<sup>105</sup> *Idem.* p. 18.



organismo o por un cuerpo exterior que obra en este, no pertenece ni al cuerpo exterior ni al organismo, sino al alma: esto acto es la sensación.”<sup>106</sup> Cuando él utiliza el término *alma*, lo hace independientemente de sus creencias religiosas, sin ningún componente místico, pues se refiere a la conciencia o al pensamiento.

Es el alma o el espíritu — que no reduce simplemente a lo inmaterial—<sup>107</sup>, a juicio de Bello, el verdadero laboratorio donde se practica toda la actividad cognitiva y del mismo modo que el resultado de los experimentos nunca puede ser el resultado automático de reacciones en las que no interviene la mano y la voluntad del científico, el entendimiento tiene en el alma el fértil terreno en que se cultiva toda semilla y fructifica en la sabiduría humana. Al respecto argumenta: “Observaremos también que *sentir*, en el significado de experimentar sensaciones, es propio y privativo del alma. Los sentidos tienen, pues, su asiento en el alma, son el alma misma aplicada a los objetos corpóreos, y debemos rechazar la preocupación vulgar que los confunde con los órganos por cuyo medio se ejercitan. El alma es propiamente quien ve, oye, huele, gusta, toca. Ella y no el cuerpo es quien siente fatiga, sueño, hambre, etc. Los órganos son meros instrumentos de la percepción. Decir que los ojos ven es hablar metafóricamente, es según observa Reid, como decir que un telescopio ve. La mano toca como un cuerpo inanimado toca a otro; tocar, en el sentido de percibir por el tacto, es propio y privativo del alma. La significación que da el alma a las sensaciones, haciéndolas representativas de lo que no es ella; la conversión de lo subjetivo en objetivo, es una de las claves principales de la teoría del entendimiento”<sup>108</sup> De tal modo, dada su concepción holista de la percepción, distingue adecuadamente la diferencia entre el órgano y la percepción propiamente. Sin duda este hecho lo haría enfrentarse a las ideas del materialismo vulgar de Vogt, Moleschot, etc., que como nefasta consecuencia del fisiologismo imperante y de las tergiversaciones de la concepción de la ideología de Destutt de Tracy se ponían de moda en su época y según las cuales las ideas eran simples secreciones de los órganos encargados de excretarlas de igual forma que la bilis era producida por el hígado o la orina por los riñones.

Bello distingue las percepciones en dos grandes tipos: unas las que emanan de la subjetividad y otras las provenientes del mundo exterior. Al respecto plantea: “(...) relación

<sup>106</sup> *Idem.* p. 20.

<sup>107</sup> “No caracterizara, como la escolástica, el espíritu por la inmaterialidad, sino por la conciencia, con los caracteres dichos”. García Bacca, Juan David “Prólogo” a Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. XXXVIII.

<sup>108</sup> Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. 27.

de identidad entre el sujeto percipiente y el objeto percibido, que es el alma misma; y *percepciones sensitivas* o *representativas* en que el objeto percibido es una cualidad o estado material representado por una sensación, y la referencia a este objeto consiste en una relación de causalidad en que la cualidad o estado es la causa y la sensación el efecto.”<sup>109</sup> Tal pareciera que esta dicotomía en la concepción del proceso de conocimiento le condujese a que se correspondiese con el dualismo que subyace en el plano ontológico de su concepción del mundo, pero en verdad no es así, pues en última instancia concebirá como una capacidad del entendimiento humano la integración de todas las fuentes tanto objetivas como subjetivas con las que se construyen las verdades, que por supuesto concebirá siempre como relativas al dejar la condición de lo absoluto solamente a Dios.

Por esa razón considera Ardao que el filósofo venezolano, no obstante evidenciar numerosas coincidencias con Hume se abstuvo de expresarlas de manera explícita. Según el investigador uruguayo: “Se opone Bello a la explicación racionalista tradicional de la relación de causa a efecto como conexión intrínsecamente necesaria entre dos fenómenos. En su contra, defiende la concepción de cuño empirista, para la cual no hay otra cosa en dicha relación que la sola sucesión constante entre el fenómeno antecedente y el fenómeno consecuente. Al hacerlo, refiere esta concepción a Bacon, Hobbes y Locke, omitiendo en la ocasión el nombre de Hume, con quien en verdad llegó ella a su formulación cabal y a sus consecuencias extremas. Debió influir en tal omisión el probabilismo escéptico de este, muy sensible entonces en materia religiosa, que Bello evitaba apelando a la voluntad del Ser Supremo como razón definitiva del orden de los fenómenos”<sup>110</sup> (ver Bello OC, T. III, p. 129 y 139).

De manera que el empirismo no conduce a Bello a una obstinada confianza en el papel de la experiencia, pues supo valorar adecuadamente el papel de los razonamientos lógicos en la conformación integral del conocimiento y no otorgar demasiada importancia a las evidencias. Según su criterio, si bien era importante el factor empírico, también lo era el lógico, pues ni uno ni el otro por separado podían conformar de manera adecuada el logro de la verdad, de ahí que afirmase: “Pero aunque los juicios que hacemos por el ministerio de los sentidos, auxiliados por el principio de las conexiones empíricas, no sean jamás evidentes,

<sup>109</sup> *Idem.* p. 25.

<sup>110</sup> Ardao, Arturo. *Andrés Bello filósofo*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia., Caracas, 1986, p. 196.

pueden ser sin embargo ciertísimos, tales, por ejemplo, como estos: *los cuerpos sublunares abandonados a sí mismos, caen: el fuego colocado cerca de la cera, la derrite: el aire resiste al movimiento de los cuerpos, y disminuye poco a poco su velocidad.* Para que estos juicios nos indujesen a errar sería menester que faltase alguna de las leyes que rigen el universo material, y que nos engañase el principio de las conexiones empíricas. Sucede a veces que las leyes naturales no se formulan con bastante precisión en nuestro entendimiento, porque no hemos determinado exactamente sus condiciones; y cuando en realidad la naturaleza es uniforme en su modo de obrar, puede parecernos, con todo, que un fenómeno contraría una ley natural porque no se adapta a nuestra fórmula. La certidumbre física, la certidumbre con que aceptamos las conexiones empíricas, será pues más o menos fuerte, según la seguridad que tengamos de conocer todas las condiciones, todos los elementos de una ley natural. Sucederá también que en las aplicaciones de una ley natural perfectamente conocida, a un caso particular que se nos presenta, nos engañemos a veces, porque no conociendo bastante el hecho, suponemos erróneamente que se le debe aplicar la ley”<sup>111</sup>.

De una forma prudente le concede tanto a la experiencia como a la demostración lógica singulares funciones interdependientes en la conformación del conocimiento humano porque reconoce que en definitiva ninguno de esos dos momentos esenciales de dicho proceso puede lograr una adecuada comprensión de la realidad, si no se articulan debidamente. En tal sentido plantea: “Pero por grande que sea la certidumbre física, no alcanzará jamás la fuerza de la certidumbre absoluta. Ciertísimo es el juicio individual que yo formo de que este cuerpo que estoy tocando produce o es capaz de producir en todos los individuos que acerquen a él sus órganos táctiles, sensaciones semejantes a las que produce en los míos; y para que dejase de serlo sería menester una infracción de las leyes físicas del universo. Pero esta infracción no es para mí entendimiento absolutamente imposible como la inexistencia de las relaciones necesarias de las ideas, o como la inexistencia del dolor en mi alma cuando la conciencia me asegura que lo siento. La constancia de las leyes físicas no es de necesidad absoluta. La certidumbre física, la certidumbre con que acepta nuestro entendimiento la universalidad de las conexiones empíricas, admite muy diferentes grados; no porque las leyes físicas sean más o menos constantes, sino porque sucede a menudo que nuestras ideas no formulan las leyes generales y los hechos particulares con una fidelidad completa. Cuanto es menor el peligro de

---

<sup>111</sup> Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. 320.

que la fórmula no sea completamente fiel, o de que el hecho particular no se haya observado en todos sus pormenores importantes, tanto menos débil es la certidumbre de los juicios que pronunciamos sobre los fenómenos materiales; pero por fuerte que sea, jamás tendrá sobre el entendimiento cierto imperio como la certidumbre de la evidencia o la demostración”<sup>112</sup>

La importancia otorgada por Bello a la lógica se puede apreciar en la parte final de este libro, en la que expone de manera diáfana sus criterios al respecto, y no subestima el papel de la lógica aristotélica cuando sostiene: “Doy una alta importancia a los estudios lógicos, incluyendo en ellos el del raciocinio inductivo, que conviene a las ciencias experimentales, y el de la crítica que pesa los testimonios o interpreta los textos dudosos. Ni llevo mi admiración a lo moderno hasta el punto de mirar con desprecio la herencia de aquel gran genio que con tanta sagacidad trazó el camino de la razón en algunos de sus más familiares procedimientos. No me avergüenzo de pensar que la teoría aristotélica del raciocinio merece estudiarse: en esta materia, como en otras, no debe confundirse el uso con el abuso”.<sup>113</sup>

Pero este hecho no significa que se quede atrapado por la lógica aristotélica y escolástica, sino que se situó al más alto nivel de los estudios lógicos de su época y a la vez la trascendió, como acertadamente García Bacca sostiene: “En Lógica, pues, las direcciones señaladas por Bello coinciden previsoramente con las de la lógica más moderna. Su valor presente es, por tanto, máximo”<sup>114</sup>.

El empirismo de Bello fue tan singular que ha dificultado su fácil clasificación y ha conducido a caracterizarlo de diversas formas y combinaciones, entre ellas con el espiritualismo, como hace García Bacca<sup>115</sup>. Al respecto, también apunta Beorlegui que: “(...) este espiritualismo tiene sus contrapesos en un cierto positivismo que lo aleja de Berkeley y lo acerca un tanto al empirismo de Condillac. Parecía con ello que el resultado de dos influencias tan diferentes y contrarios tendría que llevar en Bello a una neutralización teórica y a una ausencia total de sistema lingüístico y filosófico. Pero no así, sino que con esos dos ingredientes Bello construyó un interesante y novedoso sistema filosófico sobre el

<sup>112</sup> *Idem*. p. 321.

<sup>113</sup> Bello, Andrés. *Obras Completas de Don Andrés Bello*, Vol. VIII, Santiago de Chile, 1885, p. 384.

<sup>114</sup> García Bacca, Juan David “Prólogo” a Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. LXX.

<sup>115</sup> “Bello se adscribe, desde el punto de vista moderno, a una interpretación normativa de la Lógica. Era lo más consecuente con el empirismo espiritualista que profesaba y desarrolla en la sicología mental, base de su Lógica”. García Bacca, Juan David “Prólogo” a Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. LXVII.

lenguaje”<sup>116</sup>. Precisamente este último elemento es el que le permite asegurar a Arturo Andrés Roig que el filósofo venezolano es uno de los precursores de la semiótica<sup>117</sup>. Pero claro, para algunos, afectados por la *nordomanía* como sostenía Rodó, esto podría afectar el <<incuestionable>> prestigio de Peirce al respecto.

No le faltan razones a Ardao para sostener que “Fue ello resultado de la íntima compenetración entre Bello filólogo y Bello filósofo. Perfectamente separables ambos en amplios sectores de y otro dominio, hay, empero, una zona en que los dos se confunden o identifican. Esa zona tiene carácter decisivo: sin el filósofo, no se explicarían aspectos fundamentales del filólogo; sin el filólogo, no se explicarían aspectos no menos fundamentales del filósofo. Su filología y su filosofía se desenvuelven cada una en su propia esfera, responden en su espíritu a inclinaciones en sí mismas independientes, apelan a ideologías y sistematizaciones distintas. Pero no solo marchan ambas a lo largo de su vida, desde los días de Caracas, en un paralelismo importante, sino que, en estratos profundos se entrelazan: en aquellos estratos en que su filosofía se nutre de su filología y su filología de filosofía”<sup>118</sup>.

Pero su condición de filósofo del lenguaje no debe opacar su destacada labor como filólogo, y sus pretensiones científicas no deben ser reducidas al mérito de haber escrito una valiosa gramática castellana. Su proyección universalista y dinámica sobre los estudios del lenguaje le llevaría a plantear: “El adelantamiento prodigioso de todas las ciencias y las artes, la difusión de la cultural intelectual y las revoluciones políticas, piden cada día nuevos signos para expresar nuevas ideas y la introducción de vocablos flamantes, tomados de las lenguas activas y extranjeras”<sup>119</sup>.

No cabe duda de que más allá de cuestionables protagonismos pioneriles, el pensador venezolano debe ser considerado, no solo en el ámbito latinoamericano, uno de los precursores de la filosofía del lenguaje, la cual independientemente de que se traten de

<sup>116</sup> Beorlegui, Carlos. *Historia del pensamiento filosófico latinoamericano. Una búsqueda incesante de la identidad*, Universidad de Deusto, Bilbao, 2004. p. 201.

<sup>117</sup> “(...) la semiótica nació entre nosotros con Andrés Bello, con Simón Rodríguez y con Domingo Faustino Sarmiento. Este último es tal vez el primero en usar, en un texto de 1842, la expresión y el concepto de <<filosofía del lenguaje>>”. Roig, Arturo Andrés. *Caminos de la filosofía latinoamericana*. La Universidad del Zulia. Maracaibo. 2001. p. 19. Véase: Roig, Arturo Andrés. *Andrés Bello y los orígenes de la semiótica en América Latina*. Quito: Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, 1982.

<sup>118</sup> Ardao, Arturo. *Andrés Bello filósofo*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia., Caracas, 1986, p. 135.

<sup>119</sup> Bello, Andrés. “Prólogo” a “Gramática de la lengua castellana dedicada al uso de los americanos”, en *Antología esencial. Andrés Bello*. El perro y la rana. Caracas. 2010. p. 231.

encontrar remotos antecedentes hasta en los sofistas, lo cierto es que esta es una disciplina relativamente reciente. Sus consideraciones referidas a que “Lo absoluto y lo relativo son, pues, caracteres variables que dependen no solo de nuestro modo de concebir las cosas, sino de los signos con que las representamos en el lenguaje”<sup>120</sup>, constituyen una fiel expresión de lo avanzado de sus planteamientos al respecto.

Con profunda objetividad planteó algunas de las posibilidades epistémicas, pero también ciertas limitaciones de los signos. Los consideraba un extraordinario elemento, incluso de carácter indispensable para el logro del conocimiento de la realidad, especialmente en aquellos casos en que la validación experimental no era posible y se necesitaba acudir a la racional argumentación en la que los signos resultaban de extraordinario valor.

En relación con estas potencialidades epistémicas de los signos planteaba: “Dícese que no podemos raciocinar sino por medio de signos, y la proposición me parece cierta, entendida de los signos en general, comprendiendo las ideas-signos; porque sin signos de alguna especie, el trámite más sencillo del raciocinio exigiría la reseña de una multitud innumerable de pormenores. Para afirmar algo de una clase de objetos sería menester que lo afirmásemos de sus individuos uno por uno; y aun para representarnos un individuo, de la especie humana por ejemplo, ¡cuántas ideas elementales tendría que recorrer la memoria! Pero limitada la necesidad de los signos a los del habla, me parece dudosa. Es cierto que los nombres, en virtud de la estrecha conexión que el uso del lenguaje ha establecido entre ellos y los objetos respectivos, son para el entendimiento como las cualidades o partes de estos, y partes tanto más importantes y señaladas, cuanto tenemos en ellos cifrado el sistema del universo, según las relaciones de semejanza observadas entre todos los seres: así que nuestra propensión a servirnos de los nombres como signos, me parece resolverse en la propensión general a emplear las ideas parciales como representantes de las ideas complejas. Pero una palabra después de todo supone algo que corresponde a ella en el entendimiento, aunque no sea más que una idea-signo. Y si podemos raciocinar con palabras, es en virtud de esta correspondencia. Las ideas son la moneda, digámoslo así, del entendimiento; y las palabras son como una especie de papel-moneda, que no vale, sino porque en el entendimiento hay algo que corresponde a ellas, y que es representado por ellas. Los raciocinios que hacemos operando sobre signos vocales suponen, pues, un raciocinio que se ejecuta operando sobre

---

<sup>120</sup> Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. 63.

ideas; raciocinio que puede no ejecutarse verdaderamente, pero en que puede siempre traducirse el primero, y que puede consiguientemente efectuarse sin él”<sup>121</sup>.

Lo cierto es que Bello les atribuyó de manera correcta una extraordinaria dimensión epistémica a los signos como instrumentos indispensables en el conocimiento de la realidad, especialmente cuando las sensaciones y las percepciones, dadas las limitaciones fisiológicas de los órganos de los sentidos, evidencian su incapacidad para llegar a determinadas manifestaciones de la misma. De esa forma lo deja establecido al plantear: “Pero téngase presente que estas imaginaciones, estas ideas, de cantidades demasiado altas o demasiado ínfimas, no forman verdaderas ideas, verdaderas imaginaciones, verdaderas representaciones mentales, adecuadas a su objeto, sino meramente ideas-signos, ideas de números o de nombres, las cuales hacen el oficio de las otras en el entendimiento”<sup>122</sup>.

Para el filósofo venezolano las ideas-signos no constituyen un producto arbitrario de la imaginación, sino por el contrario son instrumentos indispensables de esta para una adecuada comprensión de la realidad, por lo que desempeñan un papel vital en el proceso cognitivo de la realidad. Se debe tener muy presente el enunciado de Einstein según el cual en la ciencia tan importante como es el conocimiento resulta la imaginación y esta es precisamente la constructora de signos para intentar por diversas vías una adecuada aprehensión de los diversos fenómenos del mundo, máxime cuando se presupone que este se encuentra ordenado de algún modo que le permite al hombre avizorar sus tendencias y leyes de comportamiento, aun cuando no siempre pueda verificarlas de inmediato. Cuando se llega a tales conclusiones, se inicia el camino de la superación del empirismo como se observa en el caso de Bello.

Para él, “Las ideas de la imaginación son mucho más numerosas que las de la memoria. Todo aquello que no aprendemos inmediatamente por la percepción, lo aprendemos por la imaginación, formando, con los elementos de las percepciones anteriores, grupos y combinaciones nuevos. La imaginación es la que da la forma a todos aquellos conocimientos que adquirimos raciocinando o por la experiencia y testimonio ajenos. En efecto, si aprendemos algo raciocinando, es porque formamos nuevos compuestos de ideas”<sup>123</sup>.

Le otorga especial atención a la imaginación como el caldo de cultivo favorable para

---

<sup>121</sup> *Idem.* p. 217-218.

<sup>122</sup> *Idem.* p. 101.

<sup>123</sup> *Idem.* p. 183.

que fructifique el conocimiento y el pensamiento, pues “Las ideas de los objetos espirituales son también percepciones recordadas, que unas veces pertenecen a la memoria y otras a la imaginación, más o menos estrictamente entendida. Las ideas que formamos de los modos de ser, no solo de otros espíritus, sino del nuestro propio, colocado en circunstancias hipotéticas, son todas figuradas, pintadas, vestidas, digámoslo así, por la imaginación”<sup>124</sup>.

Ahora bien, para Bello no todos los signos contribuyen eficazmente a la construcción del conocimiento, sino solo aquellos que dada su clara distinción y fortaleza pueden dejar una huella significativa en el entendimiento humano.

A su juicio “solo percibimos o recordamos distintamente aquellos actos del alma que tienen cierta duración e intensidad. Pero ideas demasiado rápidas y débiles para que dejen algún vestigio en la memoria, pueden con todo excitar otras ideas cuya duración sea menos momentánea, y contribuir de este modo al pensamiento. Así se verifica cuando leemos”<sup>125</sup>.

De tal modo, los signos desempeñan un papel de detonante de nuevas ideas cuando realmente resultan significativos, y así se va enriqueciendo el conocimiento humano en la medida en que una serie de signos produce una especie de reacción en cadena, dando lugar a otras ideas cada vez más complejas. “Sucedec entonces — sostiene — que un elemento cualquiera de estos grupos, que ocupe la atención, se hace signo del grupo entero, y las relaciones de los grupos son representadas por las relaciones de estos signos”<sup>126</sup>.

Por lo tanto, el pensamiento se nutre ante todo de signos fuertes, que permiten una adecuada concatenación con otros signos ya establecidos en el intelecto y permiten una ampliación del universo cognitivo de cada persona. Al respecto ejemplifica del siguiente modo: “Y si se nos dice que el tal hombre estuvo en el tal parque, la combinación de los dos signos dichos, es decir, la combinación de la idea de cierta forma humana con la idea de ciertos árboles, es para nosotros el signo de la idea compleja de *cierto hombre en cierto parque*, y en el ejercicio ordinario del pensamiento hace las veces de la idea compleja entera, mientras que todos los otros elementos se renuevan tan rápida y oscuramente que no puedo recordar su existencia en el pensamiento. De la misma suerte, para pensar acerca de dos líneas paralelas en general, basta que me represente dos líneas paralelas de determinada situación, longitud, color, etc., y para pensar acerca de montes en general, basta representarme uno o

---

<sup>124</sup> *Idem.* p. 186.

<sup>125</sup> *Idem.* p. 198-199.

<sup>126</sup> *Idem.* p. 200.



dos, de tamaños, figuras y colores determinados, a cierta distancia en que la vista pueda abrazar fácilmente sus dimensiones. A la verdad, estas ideas de que nos servimos como signos de los grupos a que pertenecen, no son vigorosamente elementales. Ni es necesario que lo sean. Para el ejercicio ordinario del pensamiento, solo se requiere que su reproducción no sea tan apagada y confusa que no podamos advertirlas y distinguirlas unas de otras”<sup>127</sup>.

Así Bello le atribuye una función epistémica a los signos, pues estos posibilitan al hombre irse apropiando con relativo éxito parcialmente de la realidad por medio de la memoria, pero a la vez consciente de sus limitaciones para una comprensión íntegra y completa de ella. A su juicio: “Todos los sistemas de signos están fundados sobre la memoria, y la memoria misma es un sistema de signos. Cuando empleamos la idea del individuo como representativa de la clase, la idea de una parte como representativa del todo, la idea de un nombre como representativa de una cosa, no hacemos más que sustituir a unos signos otros, que son como cifras o abreviaturas de los primeros. ¡Qué fábrica tan artificiosa la del pensamiento! Tenemos ideas que se emplean como signos de otras ideas; la clase tan variada y numerosa de las sensaciones forma una colección inmensa de signos que simbolizan las cualidades de la materia; y todos los actos de la memoria, y por consiguiente, de la imaginación y del raciocinio, se componen de anamnesis (la percepción renovada, que, separada de los juicios peculiares que la acompañaban, ocasionados por la presencia del objeto, sirve de materia o sustancia al recuerdo), que reemplazan y representan las afecciones actuales. Y como este último sistema es el fundamento de los otros, era preciso que los signos de que consta fuesen los más obvios y naturales de todos”<sup>128</sup>.

Los signos indudablemente constituyen un indispensable instrumento que posibilita el conocimiento de la realidad, pero es necesario diferenciar su papel como especie de convencionales traducciones de la realidad, en lugar de concebirlas como imágenes que guardan algún tipo de correspondencia con la realidad.

García Bacca, en su análisis considera que para el filósofo venezolano las ideas son imágenes, pero no de la realidad misma, sino de las percepciones. A su juicio: “Entre percepciones, percepciones renovadas, resucitadas, revividas, o ideas, hay, como ha dicho Bello, semejanza, más o menos perfecta. Por tanto las ideas no son signos, símbolos de las

---

<sup>127</sup> *Idem.* p. 200.

<sup>128</sup> *Idem.* p. 239.

percepciones, sino imágenes, de ellas”<sup>129</sup>. En caso de que así fuese, las ideas no desempeñarían, para él, el papel de reflejar de algún modo directamente la realidad, sino solo las percepciones que se tienen de ella, lo cual hace más difícil concebir que las ideas contengan suficientes elementos de veracidad.

Por supuesto que tal conclusión no debe sorprender mucho, pues entre otras de las incongruencias de Bello en este texto se encuentra la equivocada tesis según la cual: “Yo creo que la cuestión relativa a la existencia real de los cuerpos es del todo fútil, en cuanto su resolución no conduciría jamás a ninguna consecuencia práctica ni especulativa. Pero creo también que la discusión de ella puede contribuir a ilustrar la naturaleza de nuestras percepciones sensitivas, sobre la cual ruedan necesariamente los argumentos en pro y en contra”<sup>130</sup>. En verdad deja muchas dudas un planteamiento como este, pues la ancestral discusión filosófica sobre la existencia o no de un mundo objetivo existente con independencia de la percepción que pueda o no tener algún sujeto, si ha desvelado tanto a filósofos no ha sido por una simple cuestión teórica, sino en verdad por práctica.

Tal criterio lo hace coincidir de algún modo con Kant, cuyas ideas parece conoció a través de Cousin, en relación con negar la objetividad del espacio y el tiempo. Al menos es lo que se infiere de las siguientes palabras: “Yo por mí confieso que no alcanzo a columbrar existencia alguna verdadera en esas apreciaciones fantasmagóricas del tiempo y del espacio. El tiempo en sí mismo es para mí un orden posible de hechos sucesivos, como el espacio en sí mismo es un orden posible de hechos coexistentes. Todos mis esfuerzos para hallar en ellos algo de real a que mi entendimiento pueda asirse, han sido vanos”<sup>131</sup>

Luego de exponer los criterios subjetivistas de Leibniz y Kant sobre el espacio, los cuales en esencia no critica, sino en cierto modo asume, plantea “El espacio y el tiempo son, pues, meras capacidades de existencias reales; y aunque en sí mismos nada sean, no por eso habrá contradicción en representarnos el espacio como una esfera de interminables dimensiones, y el tiempo como una escala de longitud interminable, refiriendo a la primera todas las extensiones y a la segunda todas las duraciones que podamos imaginar. Lejos de repugnar estas ideas a la nulidad ontológica del tiempo y del espacio, son por el contrario una consecuencia necesaria de su absoluta insustancialidad”<sup>132</sup>. Por supuesto que al sostener

<sup>129</sup> García Bacca, Juan David “Prólogo” Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. LIII.

<sup>130</sup> Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. 287.

<sup>131</sup> *Idem*, p. 152.

<sup>132</sup> *Idem*, p. 154-155.

“aunque en sí mismos nada sean” está dudando de su objetividad y tal vez esto explica por qué razón considera que las cuestiones ontológicas deben ser objeto de la psicología<sup>133</sup>.

Sin embargo, este hecho no constituyó un obstáculo a la hora de analizar la dimensión ontológica del espacio y el tiempo, pues supo diferenciar el componente objetivo de las diversas formas subjetivas y convencionales que se emplean en su medición. En esta crucial cuestión parece haber tomado distancia crítica del idealismo en general y en particular de las ideas de Kant al respecto, como puede apreciarse cuando afirma: “La escuela idealista, por otra parte, aunque tuvo razón para mirar la idea de la duración y del tiempo como un producto peculiar de la actividad del alma, no la tuvo para separar la idea de la sucesión, de la idea de la duración y del tiempo, que es su elemento. No es esta idea una mera condición, verificada la cual se levante en el alma, como por encanto, la idea de la duración y del tiempo. La condición debe figurar más atrás: está en las percepciones de cuyo cotejo resulta el concebirse que un objeto es *antes* y otro *después*; concepto relativo, como el de la semejanza o el de la cantidad, y que, como todos los de su clase, nace en el alma en virtud de la yuxtaposición, digámoslo así, de dos percepciones, de dos afecciones del alma; pero sin que estas le sirvan de elementos”<sup>134</sup>. Tales distanciamientos críticos del idealismo filosófico constituyen algunos razonables elementos de juicio de varios investigadores de su pensamiento para considerarle más próximo al materialismo filosófico o por lo menos a la postura de lo que Engels denominaría *materialismo vergonzante*, es decir aquel que es propio de numerosos pensadores que no se reconocen dentro de esta corriente, pero de hecho sus posturas lo acercan más a este que al idealismo.

Bello reconoce que, en última instancia, es la realidad objetiva la que determina el concepto de duración al plantear: “[...] si bien el concepto intelectual de sucesión es obra del alma, no por eso deja de tener en los fenómenos comparados un fundamento absoluto, que es

---

<sup>133</sup> “La *Ontología*, que trata de las ideas generales de existencia, tiempo, espacio, causa y efecto, lo finito y lo infinito, la materia y el espíritu, la sustancia y los accidentes, es en gran parte la psicología misma; porque la psicología es a quien toca averiguar lo que son las ideas generales, manifestando de qué modo las formamos y lo que en rigor significan; porque es ella quien, escudriñando el origen de nuestros conceptos complejos, puede darnos el elemento del tiempo y el elemento del espacio, las formas intelectuales de la causalidad y de la infinitud; porque ella es quien traza los límites de la intuición y de los sentidos, únicas facultades perceptivas del hombre; porque ella es quien descubre en las profundidades del pensamiento los elementos primarios de la razón, y los tipos eternos del raciocinio. Así, la base de la *Ontología* es el análisis del pensamiento en sus materiales primitivos, la exposición de aquellos hechos de la conciencia que dominan a todas las operaciones intelectuales. Los principios constituyen una propiedad, un elemento inseparable del espíritu, y las consecuencias que de ellos se deducen inspiran tanta menos confianza, cuanto más se alejan de su fuente”. *Idem*, p. 357-358.

<sup>134</sup> *Idem*, p. 102.

independiente del alma”<sup>135</sup>.

La lógica de sus razonamientos le conduce a cuestionarse la validez de sus propios criterios subjetivistas, y en especial los de Balmes — con quien primero pareciese coincidir, pero luego refuta—, en relación con esta crucial cuestión ontológica, cuando plantea: “¿Será el espacio un puro nada?” se pregunta Balmes, y a esta pregunta responde: “El que dice extensión nada, se contradice en los términos”. Si en un aposento se reduce a la nada todo lo que en él se contiene, parece que las paredes no podrán ya quedar distantes entre sí, porque la idea de distancia incluye un medio entre dos objetos; y la nada no puede ser un medio, es nada. Decir que la nada puede ser un medio, es atribuirle una propiedad, y decir que la nada puede tener propiedades, es destruir todas las ideas, es afirmar la posibilidad del ser y no ser a un mismo tiempo, y subvertir por consiguiente el fundamento de los conocimientos humanos”<sup>136</sup>.

Es cierto que a veces los investigadores en el terreno de la historia de la filosofía se plantean la existencia en los pensadores objeto de estudio de incongruencias o contradicciones que en realidad no son tales, sino más bien producto de las incomprensiones de la real especificidad de sus planteamientos. Pero otra cuestión resulta cuando la acumulación de evidencias no puede más que conducir a una determinada conclusión como en este caso referido a las inconsecuencias de Bello respecto a la objetividad del espacio y el tiempo, lo que conlleva por tanto a poner en duda toda la dimensión ontológica del mundo. Pero dejemos que el lector de este valioso libro que elabore sus propias conclusiones al respecto.

Por otro lado, al admitir la existencia de leyes de la naturaleza en un universo infinito y, a su juicio, colmado de diferentes formas de vida<sup>137</sup>, que necesariamente deben existir en el espacio y el tiempo, le estaba concediendo una dimensión ontológica a los mismos que le inducía a concebir su conocimiento como un proceso de apropiación simplificada de una complejidad infinita<sup>138</sup>. A su juicio: “La existencia del espacio es necesaria y absoluta. Nada

<sup>135</sup> *Idem*, p. 103.

<sup>136</sup> *Idem*, p. 153.

<sup>137</sup> “Derrama profundamente la vida en el aire, en la tierra, en las aguas; pero, por incalculable que sea el número de vivientes que por todas partes se ofrece a la vista ¿qué es eso comparado con los millones de millones que pueblan el mundo microscópico? y aun eso es nada. La misma profusión de vida existe sin duda en todos los planetas que forman el mundo de que nuestro sol es el centro; y en todos los mundos del estupendo número de soles que pueblan el espacio”. *Idem*, p. 135.

<sup>138</sup> “El espacio concebido de este modo no es más que el espacio *libre*, el espacio en que nuestro propio cuerpo y otras sustancias materiales pueden moverse, ocupando sucesivamente lugares varios. Esta fue la primera significación de la palabra espacio. Pero la idea de los pequeños espacios en que vemos moverse los cuerpos, nos llevó fácilmente a la idea de un espacio más vasto en que se muevan todos los cuerpos,

más evidente. Si no existe la materia, existe a lo menos *in potentia* la capacidad de cuerpos y de movimientos: si existe la materia, existe esa capacidad *in actu*. Luego, existe en cualquiera suposición el espacio. Luego, la existencia del espacio es absolutamente necesaria. De la nada no puede decirse lo mismo, porque en la nada no concebimos más que la capacidad potencial. Desde que esa capacidad se ejercita, desde que hay cuerpos y movimientos, el espacio deja de llamarse nada, y puede solo llamarse espacio. En el universo hay cuerpos y al mismo tiempo hay espacio. Si prescindimos de los cuerpos, ¿qué es el espacio ocupado por ellos? Nada. ¿Pero de qué se trata en todo esto sino del uso de dos términos que denotan puras abstracciones, sin objeto alguno real? La existencia que nos figuramos en el espacio es en todo y por todo como la existencia que nos figuramos en la nada: es la existencia de una pura abstracción; es una existencia imaginaria; es una existencia que no es existencia; es nada”<sup>139</sup>.

El entendimiento, a su juicio, trata de simplificar por medio de sensaciones y percepciones, pero también con ayuda de la imaginación las relaciones profundas de los fenómenos que existen en el espacio y el tiempo, que luego la lógica trata de estructurar de mejor manera otorgándole debida coherencia a los juicios, que pueden llegar a ser plenamente válidos si han partido de presupuestos adecuados y objetivamente fundamentados.

Bello señala: “Cuando se averigua la causa de un hecho, se trata solo de inquirir el hecho o la serie de hechos que, según las leyes de la naturaleza, son siempre seguidos de aquel. No contentos con las conexiones que se nos presentan a primera vista, investigamos y escudriñamos los eslabones intermedios que ligán dos hechos, al parecer inmediatos. A la presencia de un objeto corpóreo sucede la visión de ese objeto en el alma. La causa de la visión es la presencia del objeto”<sup>140</sup>. De lo anterior se puede inferir que la experiencia no es razón suficiente para fundamentar un enunciado, por lo que es imprescindible no solo la debida interconexión de sensaciones, percepciones y representaciones sino también la necesaria argumentación lógica que otorgue los elementos imprescindibles para la aceptación de su validez universal.

---

**todas las partes de que se compone el universo, y en que podemos imaginar que se moviese el universo entero. Los lugares de las cosas nos parecieron entonces partes de este espacio; y la idea de los lugares reales nos condujo a la idea de los lugares posibles. Más allá de los límites de este universo, podemos imaginarnos otro, y otro, y mil, y un número infinito de universos; porque más allá de los límites de este universo no hay nada, y la nada no puede resistir a que se coloquen y se muevan en ella cuantos universos se quiera. La nada se llamó entonces espacio, y el espacio careció de límites.” *Idem*, p. 147.**

<sup>139</sup> *Idem*, p. 152.

<sup>140</sup> *Idem*, p. 107.

El deísmo estuvo siempre presente en la concepción del mundo de Bello, — al igual que en el caso de su distinguido discípulo Simón Bolívar, así como en otras destacadas personalidades latinoamericanas como José Martí<sup>141</sup>, y que no siempre es adecuadamente diferenciado del teísmo—, pero este hecho no constituyó obstáculo alguno para concebir la existencia de inexorables leyes de la naturaleza y atisbar otras de la sociedad. Al respecto era del criterio de que “La armonía del universo nos compele, pues, a reconocer un Autor y legislador todopoderoso, cuya voluntad ha establecido las conexiones de fenómenos de que resulta el orden general. El poder de las causas inferiores es finito y derivado y el de la primera causa es infinito y propio”<sup>142</sup>.

No obstante este criterio trata de asumir un distanciamiento crítico frente al idealismo, porque a su juicio esta posición tergiversa la adecuada comprensión de la concatenación universal entre los fenómenos, en particular el nexo causal entre ellos, y por tanto, la correcta interrelación entre el mundo objetivo y el subjetivo.

Así dejaba sentada su posición al respecto al plantear que “Los idealistas, temerosos de atribuir este concepto relativo a la sensación, han creído ver en la causalidad algo más que una sucesión constante. Temor infundado. La sucesión más simple no puede ser conocida por la sensación sola, aunque comprendamos bajo este nombre la intuición pura, absoluta”<sup>143</sup>.

Aun cuando no hiciese referencia directa a la concepción de Hume sobre la causalidad de hecho, sus aproximaciones tomaban distancia crítica frente a ella, — y con eso de paso dejaría marcada su postura ante el utilitarismo y su heredero el pragmatismo —, cuando sostenía: la causalidad no es una mera sucesión, sino una sucesión constante, invariable, necesaria, comprobada por su generalidad”<sup>144</sup>.

Sin embargo, resulta algo incongruente su concepción sobre la causalidad, — pues pareciera que esta fuese una especie de condición *a priori* de la sensibilidad —, es cuando plantea: “Hemos sentido que el principio de causalidad es intuitivo; y que lejos de sernos dado por la experiencia, todos los conocimientos experimentales lo suponen; pero admitida la propensión intuitiva de la razón humana a suponer a todo nuevo fenómeno una causa, nada se sigue de ella a favor de este o aquel modo particular de concebir las causas. El principio de

<sup>141</sup> Véase: Guadarrama, Pablo. *José Martí: humanismo práctico y latinoamericanista*. Santa Clara: Editorial Capiro, 2015.

<sup>142</sup> Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. 114.

<sup>143</sup> *Idem*. p. 114.

<sup>144</sup> *Idem*. p. 117.

causalidad, anda siempre unido con aquel otro principio instintivo en virtud del cual, observada en circunstancias dadas una conexión de fenómenos en cierto número de casos, la extendemos a todos los casos en que se ha presentado o en que en iguales circunstancias seguirá presentándose el primero de esos fenómenos. Este principio de la perpetuidad da las leyes a que vemos sujetas las conexiones fenomenales, es la base de todos los conocimientos que adquirimos por la experiencia y lo hemos llamado por eso *principio empírico*<sup>145</sup>”. Este planteamiento, sin duda, contradice sus ideas anteriores expresadas al respecto, ya que, al considerar la causalidad como una especie de producto del instinto, no solo está minimizando su complejo origen, sino que a la vez lo estaba planteando en un nivel casi similar al que pueden experimentar los animales.

Pero el filósofo venezolano tenía plena conciencia del riesgo que podría significar dejar a la mera subjetividad la validación de la causalidad, así como las implicaciones que esta consideración podría traer para la ciencia, por lo que expresaba: “La idea de una causa exterior de nuestras sensaciones, tal es la idea fundamental de lo externo, de los objetos exteriores, de los cuerpos, del mundo. Elimínese el principio de causalidad, la sensación queda sola a la vista de la conciencia, y no nos revela otra cosa que su conexión con el yo que la experimenta, sin revelarnos lo que la produce, el no yo, los objetos exteriores, el mundo”<sup>146</sup>.

La mayoría de los investigadores de Bello coinciden en considerar el entrañable vínculo entre sus tesis epistemológicas y sus estudios gramaticales, al punto de pensar que no podrían haber existido de forma independiente, pues no solo se condicionan recíprocamente, sino que además las primeras facilitaron a los últimos, aun cuando la elaboración y publicación de la *Filosofía del entendimiento* haya sido posterior a los ensayos sobre gramática.

Al respecto, Amado Alonso plantea: “Bello debió, sin duda, mucho de su liberación de la gramática general a la recién nacida lingüística histórica, que ayudó grandemente a cambiar los fundamentos filosóficos del lenguaje; también le favoreció su seria educación en el idealismo y empirismo filosóficos de ingleses y escoceses, tal como se revela espléndidamente en su *Filosofía del entendimiento* (Berkeley, Hume, Locke, Stuart Mill); pero su resistencia, o mejor su negativa a adoptar una perspectiva lógico-general quizá viene

---

<sup>145</sup> *Idem.* p. 119.

<sup>146</sup> *Idem.* p. 120.

de más atrás en la vida de Bello”<sup>147</sup>.

Independientemente de la mayor o menor influencia que pudieron haber desempeñado los autores mencionados y otros referenciados por otros investigadores, lo cierto es que Bello supo trascenderlos a todos y no solo conformar un sólido instrumento epistemológico en este tratado sobre el entendimiento, sino a la vez elaborar una gramática castellana que aun hoy encuentra merecido reconocimiento entre los cultivadores de esta disciplina.

Al dedicarle esmerada atención a las particularidades del proceso de construcción de los nombres generales a través de las consecuentes abstracciones evidenció cómo el erudito pensador se movía con soltura entre las exigencias que impone la filosofía y la rigurosidad que demanda la gramática. Hasta ese momento ningún otro pensador en el ámbito americano había incursionado con tal profundidad en los vericuetos de lo que posteriormente se convertiría en terreno de la semiótica y la filosofía del lenguaje.

Sus valiosas indicaciones sobre el proceso abstractivo de la generalización y la elaboración de conceptos de contenido cada vez de mayor rigor teórico conservan su actualidad, como puede apreciarse en estas indicaciones suyas: “Creo que basta lo dicho para que se conciba con claridad cuál sea la significación de los nombres generales, comunes o apelativos (denominaciones de un mismo valor, que comprenden igualmente a los nombres genéricos y a los específicos); qué sea la idea general, y a qué se reduzca la operación del entendimiento llamada *generalización*. Si los nombres son signos, si un nombre común es un signo aplicable a muchos objetos individuales, y si la idea despertada en el alma por un signo cualquiera no es ni puede ser otra que la del objeto u objetos a que lo aplicamos, síguese que la idea general o la idea despertada en el alma por un nombre común no es ni puede ser otra que la idea de los objetos individuales a que solemos dar este nombre, y la idea, por consiguiente, de las variedades de que es susceptible cada parte y cada cualidad de dichos objetos; idea tanto más completa y exacta cuanto mejor los hemos observado. Síguese también de lo dicho que la generalización o el proceder intelectual con que formamos las ideas generales, se reduce a percibir semejanzas y a imponer denominaciones comunes a los individuos semejantes”<sup>148</sup>.

<sup>147</sup> Alonso, Amado. “Introducción a los estudios gramaticales de Andrés Bello”. En Castillo, Fernando. Barnola, Pedro. Grases, Pedro. Alonso, Amado. Rosemblat, Angel. Gili, Samuel. Espinosa, Aurelio. *Significación histórica y vigencia moderna de la obra de Andrés Bello*, La Casa de Bello, Venezuela, 1987, p. 352.

<sup>148</sup> Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. 190.



Nadie duda de que las investigaciones en el terreno tanto de la gramática y la semiótica como en el de la filosofía del lenguaje han adquirido hasta la actualidad un notable desarrollo, pero pretender ignorar la significación histórica de la obra de Bello en este sentido no constituye un simple olvido, tal vez involuntario, sino una expresión de injustificada ignorancia, al menos para los profesionales que cultivan estas disciplinas.

A juicio de García Bacca la *Filosofía del entendimiento* constituía la base teórica de su gramática y en cierta forma había quedado oculta por ella<sup>149</sup>.

Varios investigadores del tema sitúan a Bello como uno de los tempranos cultivadores de la filosofía del lenguaje, especialmente en el ámbito latinoamericano que transita desde los estudios tradicionales que la escolástica había cultivado hacia formas más modernas como las emprendidas por Condillac. Así lo considera Carlos Valderrama Andrade al plantear: “el hecho de que Bello era en esencia un hombre inclinado a los estudios relacionados con el lenguaje, lo lleva a dar en esta obra una importancia muy grande a los problemas lingüísticos, a lo que pudiera considerarse como una filosofía del lenguaje, campo en el cuál aparece tradicionalista con un gran sentido de modernidad.”<sup>150</sup>

No faltan algunos investigadores de sus contribuciones a la gramática, como es el caso de Héctor Hernández Arocha y Elia Hernández Socas, que hiperbolizan el significado de los indudables aportes del venezolano a esta disciplina al considerar que: “El pensamiento gramatical de Andrés Bello está fundado en los cimientos teóricos de la *Filosofía del entendimiento*. La *Filosofía del entendimiento* es una obra menor en cuanto a su importancia con respecto a la Gramática y, en consecuencia, ha quedado socavada por el interés y fama de aquella”<sup>151</sup> Más allá de una bizantina disputa sobre donde pudo haber sobresalido más su labor intelectual, si en el terreno de la filosofía o de la gramática, lo importante es reconocer que en ambas esferas del saber dejó una imborrable huella. Otra cuestión es si ha sido o no suficientemente reconocido en un plano más universal que el ámbito intelectual latinoamericano.

<sup>149</sup> García Bacca. Juan David. “Prólogo” Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. XIV.

<sup>150</sup> Valderrama Andrade, Carlos. “Reseña” Andrés Bello, *Filosofía del entendimiento y otros escritos filosóficos*. < [http://cvc.cervantes.es/lengua/thesaurus/pdf/09/TH\\_09\\_123\\_309\\_0.pdf](http://cvc.cervantes.es/lengua/thesaurus/pdf/09/TH_09_123_309_0.pdf) >.

<sup>151</sup> “Sobre la influencia de la filosofía del entendimiento en el pensamiento gramatical de Bello”. Hernández Arocha, Héctor y Hernández Socas, Elia. Universidad de Leipzig. file:///C:/Users/Salerno/Downloads/Dialnet-SobreLaInfluenciaDeLaFilosofiaDelEntendimientoEnEl-3662488%20(3).pdf

Por haberse correspondido con las más elaboradas manifestaciones de la filosofía de su época, el presente libro de Bello ha trascendido, se convirtió en clásico y debe ser considerado como propiamente moderno<sup>152</sup> y auténtico<sup>153</sup>. Por eso con razón García Bacca considera que: “Algunas de las ideas que en Bello, y para su tiempo, se ofrecen en estado germinal, han llegado al de fruto en los nuestros. Empero quedan además en Bello otras que resultan aun para nuestros tiempos mismos, capullos prometedores, que nos son todavía futuras, con porvenir científico y filosófico”<sup>154</sup>.

Bello contribuyó también notablemente a la valoración justa del acervo cultural de los pueblos latinoamericanos y coadyuvó a su proceso de reconocimiento de su identidad así como al proceso de su necesaria integración.

Para el logro de esos objetivos plantearía de manera muy temprana en el pensamiento latinoamericano una intención que muchos posteriormente también abogarían, esto es, la necesidad de elaboraciones teóricas propias. Pues según él: “los trabajos filosóficos de Europa no nos dan la filosofía de la historia de Chile [o Hispanoamérica]. Toca a nosotros formarla por el único proceder legítimo, que es el de la inducción sintética”<sup>155</sup>.

Era lógico que sus puntos de partida epistemológicos, fundamentados en el sensualismo, le indujeran también a rechazar cualquier tipo de deductivismo metafísico y a plantearse la construcción de teorías para la comprensión del mundo cultural, sociopolítico y económico latinoamericano a partir de la construcción inductiva que partiera de Nuestra América.

---

<sup>152</sup> “[...] Bello fue sinceramente, vivientemente, auténticamente moderno, y empirista; sin perder la originalidad y unicidad de su personalidad” García Bacca, Juan David “Prólogo” Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. LXXX.

<sup>153</sup> “El grado de autenticidad no debe ser confundido con formas de originalidad, pues lo determinante en la valoración de un acontecimiento cultural no es tanto su novedad o irrepetibilidad, sino su plena validez (...). Auténtico debe ser considerado aquel producto cultural, que se corresponda con las principales demandas del hombre para mejorar su dominio sobre sus condiciones de vida, en cualquier época histórica y en cualquier parte, aun cuando ello presuponga la imitación de lo creado por otros hombres. De todas formas la naturaleza misma de la realidad y el curso multifacético e irreversible de la historia le impone su sello distintivo (...). En la medida en que un hecho cultural cualquiera, como la filosofía, satisfaga exigencias y requisitos circunstanciales y epocales que posibiliten un mayor nivel de humanización de las relaciones sociales cumplirá con el requisito preliminar de lograr su especificidad auténtica y se asegurará un lugar en la cultura universal”. Guadarrama, Pablo. “Autenticidad”. *Diccionario del pensamiento alternativo*. Hugo E. Biagini y Arturo A. Roig (directores). UBA. Buenos Aires, 2009. p. 60.

<sup>154</sup> García Bacca, Juan David “Prólogo” a Bello, Andrés. *Filosofía del entendimiento*. edic. cit. p. XIII.

<sup>155</sup> A. Bello, “Modo de escribir la historia”, en *Obras completas de Andrés Bello, Temas de historia y geografía*, La Casa de Bello. Caracas. 1981 T. XXIII, p. 240.

Ahora bien, en modo alguno esta postura significaba que Bello subestimara los aportes del pensamiento europeo o de otras latitudes, lo único que en verdad proponía era subsumirlo en el análisis propio desde la circunstancialidad latinoamericana. Por eso le respondería a Lastarria, Sarmiento y otros que le atacaban: “suponer que se quiere que cerremos los ojos a la luz que nos viene de Europa es pura declamación. Nadie ha pensado en eso. Lo que se quiere es que abramos bien los ojos a ella, y que no imaginemos encontrar en ella lo que no hay, ni puede haber”<sup>156</sup>.

El ilustre venezolano sabía muy bien que no había nada que temer si por medio de la educación y de la conveniente promoción cultural de los elementos valiosos de cada pueblo, — en este caso de los chilenos y los latinoamericanos en general —, se cultivaba tanto el idioma como otras expresiones de la conciencia nacional de un país, de su historia, tradiciones, instituciones, etc., de una forma abierta al intercambio con las manifestaciones culturales de otros pueblos con los que se establecen nexos inexorables como en este caso con las de España, pues, a su juicio “las ideas de un pueblo se incorporan con las ideas de otros pueblos; y perdiendo unas y otras su pureza, lo que era al principio un agregado de partes discordantes, llega a ser poco a poco un todo homogéneo, que se parecerá bajo diversos aspectos a sus diversos orígenes, y bajo ciertos puntos de vista presentará también formas nuevas”<sup>157</sup>.

De tal modo la trascendencia mayor de las ideas filosóficas no radica tanto en haber elaborado una nueva corriente diferenciada de otras posturas epistemológicas o axiológicas hasta ese momento existentes, sino en haber reflexionado con rigor y suficiente autenticidad sobre la problemática política, cultural, histórica y social de los pueblos latinoamericanos en momentos tan trascendentales de su vida como aquellos de inicios en una vida relativamente independiente.

Es notorio que la búsqueda de elementos de identificación cultural entre los pueblos latinoamericanos se incrementara considerablemente luego de alcanzada la independencia política, como vía de resistencia ideológica a los nuevos poderes imperiales neocolonialistas provenientes de Europa y Estados Unidos. Si por una parte algunos sectores de la

---

<sup>156</sup> *Idem.* p. 249.

<sup>157</sup> Bello, Andrés. “Investigaciones sobre la influencia de la conquista y el sistema colonial de los españoles en Chile. Memoria presentada a la Universidad en la sesión solemne de 22 de septiembre de 1844, por don José Victorino Lastarria”, en. *Obras completas de Andrés Bello, Temas de historia y geografía*, ed. cit., t. XXIII: p. 166-167.

aristocracia criolla se dejaban seducir por la xenofilia cultural, un grupo destacado de intelectuales y políticos de profunda raigambre patriótica reivindicaron los valores de la cultura y los pueblos latinoamericanos como necesidad de consolidar la independencia política.

Uno de los precursores de esa especie de “Independencia cultural de Hispanoamérica” fue Andrés Bello, quien ha sido caracterizado como el “libertador intelectual de América”, tarea para la cual enarboló como arma la defensa de la riqueza del idioma español al servicio de la creatividad americana desde lo local<sup>158</sup>.

A juicio de Paola Gorla, “Bello vio muy bien que la secesión idiomática de América respecto a España implicaba el riesgo de una misma secesión entre naciones americanas; el no postulaba la separación americana, sino, al revés, el derecho de los americanos a participar oficialmente en la permanente formación de la lengua común, para una lengua castellana única”<sup>159</sup>.

El americanismo de Bello y su preocupación por el tema de la identidad cultural latinoamericana<sup>160</sup>, como plantea Leopoldo Zea,<sup>161</sup> no solo se manifestó en las descripciones del paisaje de estos países, sino también en la idea de *patria* como fuerza espiritual en la que se funden sentimientos de identificación. Su labor intelectual al servicio diplomático de Venezuela, Colombia, y Chile estimuló la integración de los pueblos de esta región, como se manifestó en 1844 cuando se discutían las bases de una “Confederación de Hispanoamérica”.<sup>162</sup>

<sup>158</sup> “De origen interior o exterior varias son las funciones que Bello hace recaer sobre esa meritocracia, pero todas emanan de una adecuada solución del encuentro entre lo particular y lo universal [...] Lejos de una posición pasiva ante el patrimonio cultural heredado de Europa ese grupo tiene la obligación de hacer progresar la descripción de los rasgos particulares –la peculiaridad, del nuevo país”. Bocaz, L *Andrés Bello, una biografía intelectual*. Convenio Andrés Bello. Bogotá. 2000. p. 181.

<sup>159</sup> Gorla, Paola. “El proceso de latinización en el pensamiento de Andrés Bello: de la lengua a la ley”, en: Aldo Albónico y Antonio Scocozza. *Cultura latinoamericana*, Editorial Planeta, Universidad Católica de Colombia, Fondazione I.S. LA. Per gli Studi Latinoamericani. Bogotá, 2011. p. 269.

<sup>160</sup> Véase: M. Rojas Gómez, “La teoría de la identidad cultural de Andrés Bello y su reafirmación a través de la lengua española”, en *Islas*, Revista de la Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas, Santa Clara, Cuba, No.150, octubre-diciembre de 2006.

<sup>161</sup> “A. Bello, como muchos de sus contemporáneos, en especial sus grandes coterráneos, Miranda, Bolívar, Rodríguez y Sucre se sentía parte del gran continente descubierto por Colón y actuó como tal”. Zea, Leopoldo. “El americanismo de Bello”. En *Andrés Bello. Valoración múltiple*. Al cuidado de Manuel Gayol Mecías. Casa de las Américas. La Habana. 1989. p. 726.

<sup>162</sup> “Las varias secciones de la América han estado hasta ahora separadas entre sí; sus intereses comunes le convidan a asociarse; y nada de lo que puede contribuir a este gran fin desmerece la consolidación de los gobiernos, de los hombres de estado y de los amigos de la humanidad. ¿Qué relaciones de fraternidad más estrecha puede concebirse que las que ligan a los nuevos estados americanos entre sí? ¿Cuándo ha existido en el mundo un conjunto de naciones que formasen más verdaderamente una familia?” Citado en Caldera, Rafael. *La*

Su optimismo respecto a la posibilidad de la integración latinoamericana como producto no solo de decisiones políticas, sino como expresión de los elementos que identificaban a estos pueblos se expresaba cuando planteaba: “No ha faltado quien crea que un considerable número de naciones colocadas en un vasto continente, e identificadas en instituciones y en origen, y a excepción de los Estados Unidos en costumbres y religión, formaran con el tiempo un cuerpo respetable, que equilibre la política europea, y que por el aumento de riqueza y de población y por todos los bienes sociales que deben gozar a la sombra de sus leyes, den también con el ejemplo, distinto curso a los principios gubernativos del antiguo continente”<sup>163</sup>.

Profundas fueron sus reflexiones sobre el proceso independentista de los pueblos de América en ellas dedicaba especial atención a las influencias del carácter nacional en las diversas formas de realización de la libertad. Insistía en la necesidad de la cooperación de estos pueblos para alcanzar el progreso y sobre todo de la unidad latinoamericana para enfrentar la fiera competencia internacional.

Bello tenía profunda confianza en la dignidad y potencialidad revolucionaria de los pueblos latinoamericanos que en su gran mayoría recién habían mostrado su fortaleza de conciencia libertaria durante el proceso independentista. Por eso se opuso virilmente a aquellos que, como Lastarria, dudaban de algunas de las cualidades de los pueblos recién emancipados.

Profundo era el sentido humanista de la obra del Bello, que creía en los posibles logros de una educación completa en el cuadro de una sociedad moderna, ateniéndose al ideal de un nuevo hombre que debía corresponder a la nueva sociedad de la reconstrucción social. Es por ello que el pensamiento pedagógico y sociológico de Bello, del mismo modo que el filosófico tardíamente reconocido<sup>164</sup>, aun dentro de su conservatismo íntimo, deviene revolucionario en sus consecuencias prácticas, como hoy dignamente se le reconoce no solo en su natal Venezuela o en Chile, sino en todos los países latinoamericanos.

---

*incomprendida escala de Bello en Londres*” en Primer libro de la semana de Bello en Caracas. p. 37-38. < [www.bdigital.binal.ac.pa/bdp/older/andres2.pdf](http://www.bdigital.binal.ac.pa/bdp/older/andres2.pdf) >.

<sup>163</sup> Ghiano, J.C. *Andrés Bello*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires 1967. p. 47.

<sup>164</sup> “Otro aspecto sobresaliente de la múltiple personalidad de Bello es el de ser filósofo, que vino a ser el de más tardío reconocimiento”. Andrade Pedrosa, Hugo E. “Andrés Bello 1781-1865) en E. Dussel, Mendieta, C y C. Bohorquez. *El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y “latino”*. CREAL-Siglo XXI. México-Buenos Aires-Madrid. 2009. p. 753.

Él no era ciertamente un revolucionario en el sentido del liberalismo de la revolución, ni siquiera en el sentido del romanticismo de mediados de siglo. Pero en un sentido histórico, amplio y profundo, en el sentido de su ligazón íntima con los problemas fundamentales del humanismo burgués, las obras de Bello constituyen una de las cumbres reformadoras del movimiento de la Ilustración en Hispanoamérica y, en consecuencia, de la preparación ideológica para el advenimiento de una burguesía americana.

En el centro de sus doctrinas se encuentra ya el gran problema que se le plantea al humanismo abstracto, al no poder desplegar plena y revolucionariamente la cuestión del desarrollo libre y universal de la persona humana, más allá de sus expresiones políticas y jurídico-formales, donde el elemento social quedara postergado a otras ideologías y gestores de la independencia, como Bolívar, Artigas, Hidalgo o José Martí.

Si filosófica y políticamente Bello no había sido un hombre de posturas radicalmente revolucionarias sino más bien conservadoras, su pensamiento fue evolucionando a tono con las luchas de los pueblos latinoamericanos por su independencia. Su radicalización se revela en su posición de defensa de los ideales humanistas y su distanciamiento crítico ante la sociedad dividida en órdenes de privilegios feudales, y también frente a los obstáculos interiores y exteriores que se presentaban para el desarrollo de la personalidad humana.

En su papel de maestro en una sociedad que seguía siendo oligárquica, él disemina los gérmenes de un pensamiento para una futura sociedad latinoamericana moderna. De allí la conexión íntima de Bello con la generación positivista *sui generis* que le sucederá y de la cual en ocasiones hasta se le ha considerado miembro.

Lo importante no es cómo calificar o clasificar la postura epistemológica o filosófica de Bello, sino valorar la huella que ha dejado su obra en la cultura latinoamericana y universal. Esto obliga en estos momentos de recuento del pensamiento que contribuyó a gestar nuestra independencia política también a la debida justipreciación de los aportes intelectuales de numerosas personalidades que le acompañaron o que continuaron su labor, y reservarle un privilegiado lugar a este notable emancipador de conciencias.

A la hora de estudiar la trayectoria del pensamiento filosófico moderno, se podrá estar de acuerdo o no con numerosas ideas expresadas en este trascendental libro de Andrés Bello, en cuanto a sus aportes en el terreno de la epistemología no solo en el ámbito latinoamericano, pero lo que si resulta insustentable es pretender ignorarlo.